

PRÓLOGO A

ESCRITOS DE ELOY TERRÓN

FORMACIÓN (1945-1969)

Filosofía como ciencia al servicio del hombre común

RAFAEL JEREZ MIR

Se recogen aquí los textos de Eloy Terrón en los años de su formación intelectual (1944-1969), casi siempre aprovechando el revés de cuartillas usadas y con frecuencia para aclarar sus propias ideas con vistas a un magisterio ante todo oral, dirigido principalmente al hombre común. A saber: el original de los inéditos localizados y algunos textos impresos, así como el sumario del resto de estos últimos y de los publicados en esta Biblioteca Eloy Terrón.

Escritos muchas veces en función de las circunstancias, aparecen a primera vista como “islotos de conocimiento” sin relación entre sí, cuando en realidad responden a la concepción hegeliana de la verdadera formación filosófica: “lo verdaderamente importante es seguir el movimiento del pensamiento a través de los más diversos contenidos”.

Mostrar lo mejor posible la coherencia interna de esa serie de “islotos de conocimiento” es precisamente el objetivo de este prólogo, sobre la base de la estructuración del conjunto del libro en cuatro secciones básicas: papel social y proyecto filosófico; fundamentos epistemológicos y teóricos; teoría e historia de la cultura; y teoría e historia de la cultura española.

1. Papel social y proyecto filosófico

A un periodista que, en 1962 y a raíz de algunos artículos publicados en *Ínsula*, le preguntaba por la relación existente entre su propia posición en un medio cultural concreto y el contenido y la forma de sus intervenciones intelectuales, le respondía Eloy Terrón en estos términos:

«Yo me encuentro en un medio social. Ésta es la condición necesaria de existencia; mi actividad (la realización concreta que me constituye a mí) se cumple con ese medio; y mi pensamiento genuino, lo que pueda haber en él de original, resulta de mi reflexión sobre mi actividad y sus resultados: es decir, mi pensamiento propio surge de la elaboración consciente de mis experiencias. ¿De qué otra manera puedo yo contribuir al desarrollo del conocimiento y la racionalidad humana que no sea “elaborando conceptualmente mis propias experiencias” (el aspecto intelectual de mis relaciones con el medio)? El medio social orienta mi pensamiento, determina su enfoque, condiciona la importancia de los temas, me señala a quien tengo que dirigirme; por tanto, condiciona la técnica y el estilo, en el sentido real en que el contenido condiciona la forma.»

Concebía, pues, la filosofía como elevación a teoría de la propia experiencia -del trabajo, ante todo-, al servicio del hombre común y de un modo bien distinto por cierto de la “filosofía profesoral” para profesores de filosofía, al uso.

«Efectivamente, dentro de los cauces rutinarios de la filosofía profesoral (filosofía de profesores para profesores de filosofía) -escribe en una de sus *Cartas a Ma.-Do*,¹ el 19 de agosto de 1960- el trabajo es algo absurdo y carente de sentido. Pero la filosofía que yo intento hacer es algo ligeramente distinto de lo corriente. Busco algo que sea útil al hombre; mas simplemente, trato de elevar a teoría mi propia experiencia y la cristalización de la experiencia humana en mi mente. Ahora bien, la experiencia

¹ Doy ese título a la correspondencia, aún inédita, con su novia y esposa María Dolores Cuadrado García-Moncó, entre 1956 y 1970, que tiene un interés especial para conocer al ser humano Eloy Terrón.

humana, preferentemente, es experiencia del trabajo, ya que el trabajo es el que revela la naturaleza íntima y el comportamiento de las cosas.»

De ahí su particular valoración de la ciencia y su propia concepción de la investigación científica, en otra carta del 4 de septiembre de ese mismo verano.

«El gran valor de la ciencia reside en economizar esfuerzos humanos, y, por tanto, en aumentar la productividad del trabajo. Ahora bien, la investigación consiste en extraer toda la experiencia posible -limitado sólo por el desarrollo de la misma ciencia y por los instrumentos de medida- reflexionando sobre el trabajo realizado, poniendo, claro está, en esta reflexión el máximo de conocimiento acumulado, conocimiento que necesariamente saldrá enriquecido. (...).»

En esa misma carta se refiere, además, al doble ritmo característico de su trabajo intelectual, a base de largas temporadas rutinarias de recolección de datos y documentos y apuntes parciales de determinados conocimientos, y de episodios muy intermitentes de intensa creatividad y forja de pensamiento nuevo.

«Reflexionando sobre mi propia actividad intelectual, he llegado a la comprender que se presenta por oleadas: pero oleadas nada frecuentes. Paso temporadas trabajando con esfuerzo, rutinariamente, y, de pronto, siento una intensa necesidad de forjar pensamiento nuevo: aspectos de las cosas que antes se me parecían cerrados, de repente, se abren y se hacen manifiestos con toda su riqueza de relaciones y de consecuencias.»

Esto lo hace procurando alimentar los “trabajos teóricos de largo alcance” con las notas, recensiones, traducciones y demás “trabajos urgentes y pesetarios”, imprescindibles para subsistir con su familia, y teniendo en cuenta la importancia objetiva relativa de las diversas cuestiones.

«En este momento -le comenta a su novia justo una semana después- se me ocurre una idea curiosa. Yo pienso que la concepción del éxito tal vez pudiera radicar en combinar los trabajos pesetarios (de rendimiento económico inmediato) con los trabajos teóricos de largo alcance. Por ejemplo, hacer un trabajo sobre la familia, el cosmopolitismo o las corporaciones, como los que tengo que elaborar para la *Enciclopedia Española*, puede rendir dos valores: 1º, producir algún dinero, equivalente (¿?) al trabajo empleado en él; y 2º, acumular un conocimiento útil para otro trabajo en el que esos trabajos concretos se encuadren como partes de un todo.»

«Justamente, esta segunda forma de aprovechamiento le quitaría toda monotonía al trabajo concreto y de rebusca de datos y documentos, porque se pensaría en el entramado de una concepción mucho más amplia y llena de sentido. Si se lograra racionalizar bien esta forma de trabajo, con toda seguridad se lograría dar un rendimiento vital muchísimo mayor. Sobre todo es, creo yo, importantísimo sacar todo partido posible a todo trabajo, cualquiera que sea.»

« (...) En mi preocupación existe una jerarquía de cuestiones que desearía saber si es la justa; por eso doy prioridad a determinados temas y me ocupo de los que considero superiores con más frecuencia; y lo hago así porque sé que los otros, en cuanto secundarios, dependen de aquéllos.»

Por lo demás, ese tipo de consideraciones no eran nada nuevo en sus cartas. Así, en otra de ellas, de 7 de agosto del año anterior, por ejemplo, le hablaba a María Dolores de cómo organizar su trabajo y de la importancia de la identificación precisa

de las ideas clave con vistas a la consolidación del pensamiento adquirido y al hallazgo de nuevos conocimientos.

«Todavía no he organizado debidamente mi trabajo. He estado haciendo cosas de tipo mecánico: no podía concentrarme debidamente. Hoy he comenzado. Empecé a bosquejar un trabajo que me preocupa ahora -no te alarmes: no voy a empezar a escribirlo. Estoy haciéndome consciente de él y tengo que bosquejar las ideas fundamentales para que vayan asimilando futuros conocimientos, y, así, se cumpla una doble función: 1º, por una parte, que no olvide los pensamientos que se perfilan ahora; y 2º, que sirvan de núcleo de cristalización de datos y de conocimientos.»

«Se trata aquí de un hecho curioso e importante: la asimilación de nuevos conocimientos no se realiza al azar, sin finalidad. Todo lo contrario: de los datos innumerables y caóticos con que nos encontramos, seleccionamos algunos, conformes con nuestras preocupaciones. Pero ¿cuáles son éstas? ¿Hasta qué punto tenemos conciencia de ellas? De la claridad y especificidad de nuestras preocupaciones depende su capacidad para servir de núcleos de condensación -se podría decir- de nuevos conocimientos y datos; de tal forma que, pasado algún tiempo, nos encontramos con un verdadero cúmulo de datos. Y esto se realiza sin esfuerzo, casi: estamos leyendo un periódico, una revista, un libro de cualquier tipo, y constantemente estamos distribuyendo los conocimientos: esta frase confirma mi pensamiento sobre tal cuestión; esta otra conviene con mi plan de trabajo; etc., etc. Si son varios los trabajos planeados, cada uno constituirá un núcleo de asimilación, de verdadera atracción. ¿Comprendes lo que quiero decirte? Tú piensa que, si lees sin determinadas preocupaciones previas, no seleccionas: no tienes puntos de vista desde los que considerar el conocimiento ajeno, o los datos de la realidad.»

Ahora bien, ese «Método de trabajo intelectual» lo aplicaría ante todo a la comprensión de «La propia sociedad y el origen del hombre y su medio, como problemática central», al concebir al modo lógico-hegeliano la propia filosofía: esto es, como una sociología fundamental basada en el conocimiento del propio medio y su historia a la luz del origen y la evolución de la especie y el medio humanos.

Iría así -dada la dialéctica universal de cualquier ser y su medio- del esfuerzo por entender la sociedad concreta en la que vive y sus raíces históricas más o menos inmediatas al estudio de la sociedad originaria; de la hipótesis sobre esa sociedad primitiva a la comprensión de la trama de la organización social y su historia; de la interpretación evolucionista de los seres vivos en función de su medio a la explicación del pensamiento, la imaginación creadora y los sentimientos del hombre en términos de su naturaleza animal; y de la historia natural de los seres vivos, con especial atención a los primates, a la historia del hombre como producto social y constructor histórico de la sociedad y la cultura, en tanto que medio biológico de la especie humana.

«En efecto, la elaboración de una hipótesis sobre el origen de la sociedad iluminó de golpe toda la trama de la organización social y fue la base insoslayable para entender las fases por las que pasó la sociedad en que vivimos. (...).

«Pero ¿cómo se había producido este maravilloso despliegue evolutivo que hizo pasar una especie desde las miserables condiciones de la animalidad a la condición de ser libre que domina toda la superficie de la tierra? ¿Cómo fue posible este despliegue de potencialidades? ¿Se puede entender en términos de la realidad circundante, en

términos del medio? ¿Se puede entender esta maravillosa transformación en términos de la historia natural, o es necesario admitir el milagro?

«Me ha preocupado intensamente la explicación de las aptitudes del hombre en términos de la realidad circundante; en otras palabras, me ha fascinado la tentación de explicar el pensamiento, la imaginación creadora y los sentimientos más exquisitos en términos de la realidad animal que hay en el hombre, en términos de su naturaleza animal. Conseguir esta explicación es más atractivo si se tiene en cuenta que uno de los principios fundamentales de la ciencia moderna exige explicar todo comportamiento de un objeto o ser en términos de su medio, en términos de las relaciones que le constituyen, que son relaciones existenciales; pues toda cosa o ser existe por su relación con el medio en que existe. Por este camino he querido analizar las aptitudes humanas en términos del medio del hombre, en términos de las relaciones del hombre con su medio, y me encontré con la sorpresa de que el medio del hombre era la sociedad humana y la cultura elaborada por los hombres en el pasado. Pero, a la vez, la sociedad somos nosotros, los hombres, y la cultura es el resultado del esfuerzo muscular humano conducido por la conciencia de los hombres.»

Por lo mismo, tampoco podía concebir de otro modo la propia existencia; y de ahí su respuesta, en 1962, a otra cuestión clave: para qué servía él en su tiempo; esto es, qué servicio creía prestar a los hombres con su obra en el marco concreto de la propia sociedad.

«Estas preguntas equivalen a otra: ¿Cuál es mi papel en la existencia? ¿Qué condiciones determinaron el papel del hombre, en general, dentro de la sociedad? La función del hombre y su existencia son una misma cosa. En cuanto yo existo, como hombre concreto, ésta es la condición de mi existencia: ser algo concreto -existo por lo que he hecho, por mi actividad, concretamente, por mi trabajo-. Mi trabajo es quien condiciona mi existencia dentro de la sociedad y él es quien me constituye hablando propiamente.»

«A mí mismo nunca se me ha puesto en cuestión mi función dentro de la sociedad porque siempre he trabajado. Desde muy niño. Pues he nacido en una familia de campesinos pobres en un pueblecito del noroeste de España (León) que poseían una pequeña propiedad escasamente suficiente para sostener la familia dentro de aquel nivel de vida. He guardado vacas y ovejas, tal vez desde los cinco años, y he ayudado en todas las faenas del campo desde que he tenido fuerzas para ello, y así hasta los 16 años, en que estalló la guerra civil que nos cogió segando centeno. Participé en ella. Y entre uno y otro lado estuve en el ejército hasta los 23 años. Al terminar empecé a estudiar trabajando al mismo tiempo. Tuve que estudiar como alumno libre; no tenía medios para asistir al Instituto ni mucho menos a la Universidad. Terminé a los 29 años la licenciatura de Filosofía y Letras. Después pasé cuatro años trabajando en el campo, dando algunas clases y mejorando mi formación filosófica. En esta época, y aún hoy, me acuciaba el deseo de comprender la esencia del trabajo; por eso quise trabajar manualmente y reflexionar sobre su significado. Pasé en Madrid a un Colegio de segunda enseñanza hasta 1958; en 1955-56 empecé a explicar algunas clases en la Universidad y, desde 1958, trabajo como colaborador en un Laboratorio de investigación biológica; trabajo -de 7 horas diarias- que alterno con algunas clases en la Universidad, una pequeña colaboración en el Instituto Jaime Balmes de Sociología y mi trabajo particular de traducciones y de elaboración teórica de toda la experiencia que me ha ido produciendo mi actividad.»

«Es fácil ver -concluiría- cómo mi actividad me ha constituido en lo que soy actualmente y, al mismo tiempo que me ha justificado ante la sociedad, ha determinado mi posición en ella.»

No obstante, aparte de ese papel objetivo en el entramado social, ajeno a sus deseos, y aunque condicionada por éste, también tenía ya una concepción subjetiva, clara y precisa, de su función como intelectual. A saber: la práctica de la filosofía como ciencia sistemática, a partir de la elaboración intelectual de la propia experiencia, y la divulgación oral y escrita de los resultados alcanzados con el fin de contribuir al esclarecimiento de la conciencia del hombre común y a la extensión de la racionalidad en general.

«Mi tarea concreta como intelectual consiste en elaborar la experiencia decantada de la actividad humana general en una teoría general que sirva a dos fines: 1, para unificar integradamente en un esquema conceptual único las imágenes parciales procedentes de la experiencia decantada de cada actividad concreta (ciencias, arte, etc.); y 2, para que esta imagen general sirva, a su vez, de guía orientador de la actividad general humana, es decir, para toda actividad que no sea la actividad concreta productiva, actividad general que está adquiriendo cada vez más importancia en la medida en que disminuyen las horas de trabajo y aumenta el bienestar social.»

«Mi función en la sociedad, vista subjetivamente, se propone contribuir con mis trabajos originales a esclarecer la conciencia de los hombres y a promover la racionalidad general a fin de conseguir que el hombre actual pueda orientarse en el medio tecnificado en que vive, entenderlo y superarlo, y que así pueda luchar con éxito contra todos los viejos mitos y, sobre todo, contra los nuevos; que pueda luchar con éxito contra las diferentes formas de neurosis y contra todas las clases de “manejos” publicitarios y de “acción psicológica”. Contribuir a que cada hombre obre como hombre utilizando lo que le constituye realmente en hombre: su razón.»

2. Fundamentos epistemológicos y teóricos

Algo de todo eso parece desprenderse ya del primer texto conservado: «Análisis de lo político: fundamentación antropológica». Comienza resaltando la importancia del afán de objetividad y del planteamiento correcto de todo problema, de cara a su resolución; y concluye ya con una hipótesis básica que mantendrá siempre, aunque formulada todavía con un sesgo explicativo “existencialista” y psicologista reduccionista: el habla (y la inteligencia) son la condición sine qua non de la sociedad y la historia social, el origen de la cultura y la clave de la educación del hombre como hombre.

Con la nota «Acerca de la cuestión del análisis de obras filosóficas. Bosquejo de una hipótesis de trabajo» -en la que se plantea la problemática del análisis, la explicación y la interpretación como marco teórico imprescindible para la aplicación de esta última al estudio de las obras y cuestiones filosóficas- sucede otro tanto.

«Hasta ahora, el problema de la interpretación ha sido la piedra de escándalo de todas aquellas personas que, sin supuestos preconcebidos, han intentado dedicarse a la filosofía, entendiendo ésta como ciencia. (...). No se podrá llegar a una explicación de la obra filosófica, ni tampoco dar un paso en cualquiera de las cuestiones filosóficas, sin una concepción clara de estos dos aspectos del conocimiento: la naturaleza del mismo en cuanto esquema -cada vez más aproximado- de la realidad reflejada en la conciencia; y su función en el entramado total de la cultura, como guía y factor de control de la actividad humana.»

Por lo demás, nada más concluir en 1948 la licenciatura de filosofía y letras, Eloy Terrón completó su formación con una serie de materiales con centro en la problemática epistemológica y teórica; y lo hizo con especial atención a Hegel y, en concreto, a su *Lógica* y su *Filosofía del Espíritu*,² y a la *Esencia del cristianismo*, de Feuerbach, el *Materialismo dialéctico* de Henri Lefebvre y *La Pensée*, y los marxistas ingleses.³ Una base, por cierto, más que suficiente para prologar con rigor, en 1954, su traducción de la *Introducción a la historia de la filosofía*, de Hegel, para la editorial Aguilar.

Valora la filosofía de Hegel como última gran filosofía especulativa, superadora de todo subjetivismo, integradora de todos los desarrollos previos del conocimiento filosófico, punto de apoyo de la mayor parte de la filosofía posterior y piedra angular del relativismo dialéctico; lo que le lleva a concluir que, puesto que cada filosofía es verdadera en tanto encierra un cabo relativo de verdad, un sistema completo de filosofía sólo podrá ser labor de toda la humanidad.

Precisa luego algunas de las principales aportaciones teóricas hegelianas: el movimiento dialéctico (con la negatividad como principio determinante y creador) de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento; la alienación (la proyección del ser humano en sus obras), como clave última de la historia del hombre y de la cultura; la historia de la humanidad, como historia del pensamiento (del pensamiento empírico al saber absoluto); la contradicción, como fuerza impulsora de las cosas, la sociedad y el pensamiento; la coherencia dialéctica de la unidad y la diversidad de la cultura; y el dominio del método y del saber objetivo a través de los contenidos más diversos, como formación filosófica y científica genuina.

«Por esta causa las obras de Hegel no sólo enriquecen por la extraordinaria abundancia de conocimientos que contienen, sino que lo más importante en ellas es *la forma de elaborar esos conocimientos*, lo verdaderamente importante es *seguir el movimiento del pensamiento a través de los más diversos contenidos*. Que la inteligencia -la razón- adquiera, al mismo tiempo que los contenidos, la aptitud para moverse a través de ellos, es en lo que consiste la verdadera formación científica, filosófica.»

Incluye después una breve apreciación sistemática del sistema hegeliano: la prescripción “conócete a ti mismo” como ley absoluta del espíritu; el fin de toda ciencia verdadera («que el espíritu se encuentre a sí mismo en todo lo que llena el cielo y la tierra»); el monismo ontológico y epistemológico; el paso cognoscitivo de la representación o esquema abstracto al concepto o noción clara y exacta; y, en fin, el movimiento dialéctico de la *idea absoluta*. Un movimiento que va del proceso ideal (*Lógica*) a su exteriorización (*Filosofía de la naturaleza*) en el tiempo y en el espacio (y de la unidad incompleta de la planta a la unidad omnipresente del animal), y de aquélla a la historia completa del mundo como historia de la humanidad (*Filosofía del Espíritu*), al alienarse el hombre en su medio natural y social.

Subraya también el contraste existente entre la vigencia de los hallazgos de Hegel en la esfera del espíritu (en la historia de la humanidad) y la debilidad de su filosofía de la naturaleza y sus ideas metafísicas, a modo de valoración de conjunto. Y,

² Véase la relación de las obras de Hegel que obran en la biblioteca del autor, en el Apéndice 1.13.

³ Véase el Apéndice I.1., I.2., I.3, I.4., I.5., I.6. y 1.12.

todo ello, para concluir con la consideración de la historia de la filosofía como resumen de la filosofía de Hegel y verificación de su lógica.

Otro trabajo de largo alcance, escrito a lo largo de la primavera y el verano de 1956, es el prólogo para su traducción de las *Reflexiones sobre la imitación de las obras de arte griegas en la pintura y en la escultura*, de Winkelman.⁴

«Este trabajo -puede leerse en la introducción, inédita, para su edición como libro- estaba condenado a quedarse en lo que es, un simple proyecto, una vez alcanzado su objetivo básico: descubrir la naturaleza común que subyace en todos los objetos artísticos y que es lo que les confiere la calidad de tales, al penetrarlos y vivificarlos. A saber: la sensibilidad humana. Pero el verdadero fruto de plasmar por escrito estas reflexiones fueron dos logros secundarios: el considerar los sentimientos humanos como algo que surge en un momento de la historia humana y que evoluciona, enriqueciéndose y desplegando las posibilidades que encierra, en su realización; y el entender la sensibilidad individual como condicionada por sentimientos expresos, manifiestos, en los objetos de arte y en las acciones humanas mismas.»

«Estos resultados me plantearon unas exigencias de desarrollo que interferían mi propia evolución intelectual, que en ese momento se hallaba en una fase de despliegue y de búsqueda de una orientación más concreta. Habida cuenta del carácter interdisciplinario del trabajo, tenía que decidirme por alguna de las direcciones que se apuntan en el mismo y optar, por tanto, por dedicarme a desarrollar uno de estos tres aspectos: el estrictamente estético; el psicológico, implícito en el desenvolvimiento individual de los sentimientos; o el sociológico, dado el condicionamiento y la configuración de los sentimientos del individuo por la acción social-objetiva exterior (esto es, por el proceso de socialización del hombre, que se cumple en el moldeamiento de la conciencia de cada individuo). Pero, al encauzar mi actividad intelectual por esta última vía, como más importante y básica, relegué este pequeño trabajo al olvido y a quedarse en mero proyecto.»

Como diría Manuel Pillado al recensionarlo, ése es ya el libro de un “sociólogo de la totalidad”, que, además, encuadra el tratamiento de la estética en el marco epistemológico y teórico de las leyes generales de toda ciencia y de las condiciones de existencia de ésta. Aparte de esto, en él se sienta la tesis del arte y la ciencia como dos formas básicas de tratar la experiencia, siguiendo a L.A. White, se explica el partidismo en el arte y el entramado del mismo en la cultura nacional, se rechazan las teorías del arte por el arte y del didactismo y el moralismo como errores opuestos, y se propugna la educación integral (cognoscitiva, afectiva y comportamental) del hombre como función básica del arte.

El texto «Algunas consideraciones generales sobre la diferencia entre símbolo y concepto y las consecuencias que pueden surgir de su confusión» es, en cambio, un breve escrito para aclararse a sí mismo, tras constatar esa confusión.⁵

⁴ Aunque ambos quedaron entonces inéditos por razones editoriales, el prólogo se publicaría como libro en 1970, con el título *Posibilidad de la estética como ciencia (El hacerse de su objeto y la evolución de los sentimientos humanos)*. Véase el Apéndice I.7.

⁵ En concreto, en el seminario organizado en la primavera de 1958 por el Departamento de Filosofía e Historia de la Ciencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Rey Pastor, sobre el desarrollo previsible de la ciencia en la segunda mitad del siglo. Véase al respecto la información sobre el mismo publicada en el periódico *Abc*, en el Apéndice IV.1.

Mientras el símbolo es a la apariencia como la noción o el concepto a la esencia, el estudio del concepto tendría que remontarse a su origen *genético*, inicial; esto es, al artefacto y la representación, como “prehistoria” del mismo.

«Sin duda, el origen de los conceptos fue simultáneo a la producción de los primeros “artefactos” e interdependiente de ellos. Hasta se podría pensar que se configura sobre los más rudimentarios artefactos.»

Es más: el rápido distanciamiento entre el animal y el hombre se explicaría por el uso e invención de herramientas, como ventaja selectiva de la especie humana, lo que daría por cierto también origen a la mentalidad “finalística”, aún vigente en el lenguaje, al transferirse las propiedades de las herramientas, como “analizadores” del mundo exterior, a las cosas mismas.

Tal es también el planteamiento epistemológico y teórico de una nota similar, «Cuadro mental y marco de referencia», aunque ya con un esbozo más completo y sugestivo del mismo.

El medio humano se distingue del medio animal por su historicidad, en razón de la dialéctica de la especie humana y su medio biológico. El hombre, que transforma el ambiente natural con los útiles y herramientas, construye su propio medio sobre la base de la naturaleza así transformada, del lenguaje de la propia comunidad y de la interacción dialéctica entre la una y el otro. Pero, a la vez, ese mismo medio humano configura la mente de cada nuevo individuo, dando origen a la inteligencia y a la subjetividad del individuo y proporcionando al niño un cuadro mental de referencia inicial. Eso explica los contrastes existentes entre el medio, la inteligencia y la subjetividad del campesino y los del habitante de una gran ciudad moderna, entre otros muchos. Por lo demás, el marco de referencia de los individuos y de los grupos sociales viene determinado por la forma de vida básica de la comunidad, ante todo, pero también por la clase, la cultura material, la familia y la educación, como factores secundarios; e influye incluso, de modo determinante, en la actividad intelectual, el estilo de pensamiento y las preferencias ideológicas.

«De modo que el cuadro mental de referencia, no sólo determina la dirección y selección de las percepciones (y las observaciones), sino también las de los mismos pensamientos ya elaborados y las teorías más generales, y hasta las de las preferencias artísticas, religiosas, ideológicas y demás.»

Aunque escrito con una motivación distinta,⁶ el escrito «A propósito de la necesidad y oportunidad de una colección de divulgación científica» responde a una orientación epistemológica y teórica similar.

La necesidad de la divulgación científica viene hoy impuesta por el desarrollo extraordinario de la ciencia y por la transformación de los lazos de autoridad en virtud de la sustitución de la comunidad local medieval por la edad de la imprenta, el individuo y la razón, con el retroceso consiguiente de la cosmovisión religiosa ante los progresos de las ciencias en la edad moderna. Esa crisis de la cosmovisión tradicional y las relaciones de autoridad medievales alcanzó su cenit con el romanticismo. El

⁶ La coordinación de una biblioteca científica (de cien breves volúmenes de cien páginas cada uno) para la editorial Cid, de Madrid, en concreto.

desarrollo inicial de la especialización científica llevó después a buscar alternativas, contrapuestas: ensayos de una cosmovisión *versus* embotamiento intelectual; y cosmovisión científica *versus* cosmovisiones periclitadas. Pero hoy se impone el fomento del pensamiento científico integrador y la más amplia divulgación de sus resultados, dado el imperio de la superespecialización de los científicos, a despecho de las exigencias epistemológicas y teóricas del monismo científico.

Mientras lo primero es difícil, lo segundo no lo es, pues, tal y como lo confirma la experiencia histórica, el fondo social del conocimiento -el pensamiento “psicológica y socialmente operante”, germen de la creación científica y fruto de todo esfuerzo investigador- resulta accesible al hombre común.

«Ésa, y no otra, debe ser la misión que tiene que cumplir la divulgación científica, llenando sus dos cometidos fundamentales: el teórico y el social. Pues hasta el mismo progreso ulterior de la ciencia depende de la divulgación del conocimiento científico originario, *psicológica y socialmente operante*. Sólo el conocimiento psicológica y socialmente operante, difundiéndose como las semillas de algunos arbustos, puede alcanzar cada vez más número de mentes, alguna de las cuales puede desarrollarse esplendorosamente y alcanzar nuevas cimas y nuevos progresos. Este conocimiento divulgable -psicológica y socialmente operante- es el germen y condición de todo alumbramiento de conocimiento originario posterior y es el fruto más valioso de todo el esfuerzo investigador: es el conocimiento accesible al hombre.»

De hecho, no otra es la clave unitaria de la serie de escritos aparecidos en *Ínsula* entre 1960 y 1962, publicados con el título *Ciencia y compromiso* en esta Biblioteca Eloy Terrón, y que aquí se identifica con el de *Para una teoría de la divulgación científica*.⁷

Ahora bien, tras haber desarrollado por sí mismo todos estos planteamientos previos, Eloy Terrón acusa desde 1958 la influencia de su estrecha colaboración con el biólogo Faustino Cordón con vistas a la transformación del Departamento de Investigación de Instituto de Biología y Sueroterapia, IBYS (1958-66) de un proyecto individual en el proyecto colectivo de todo su equipo de investigación, así como al impulso y mantenimiento posterior del mismo.

Como es sabido,⁸ la trayectoria de Faustino Cordón como biólogo se inicia en sus años de IBYS (1945-66), al partir del principio epistemológico del monismo científico en orden a la explicación de los sucesivos niveles de integración de la realidad.

Comenzó estudiando, entre 1945 y 1954, la inmunología vigente, de Doerr, mientras traducía los ocho volúmenes de su obra básica para la Revista de Occidente, en cuya Biblioteca de Ciencia Biológica publicó él también sus propios resultados (*Inmunidad y automultiplicación proteica*, 1954): a saber, la formulación de una teoría de la inmunidad alternativa, que explica mejor los hechos, y la identificación de un nuevo nivel del ser vivo -el ser vivo intracelular, la proteína globular-, fundamentalmente.

⁷ Véase el Apéndice I.8.

⁸ Véase el primer apartado de mi artículo «La sociedad, la ciencia y la educación a la luz de la biología evolucionista de Faustino Cordón (1909-1999)», en esta misma Biblioteca Eloy Terrón.

Dedicó los tres años siguientes a la problemática del surgimiento de la vida desde lo inorgánico en la superficie terrestre, logrando nuevos progresos teóricos (*Introducción al origen y evolución de la vida*, 1958): primera enunciación de los niveles biológicos sucesivos de integración, e implicaciones epistemológicas del monismo científico en biología, poniendo así en evidencia el reduccionismo físico-químico de la biología vigente.

Se centró luego (1958-1960), en el estudio de Darwin, convencido de que la biología es obra suya. Y abordó de forma sistemática el tratamiento de los problemas generales del ser vivo a partir de 1961.

Ahora bien, la estructura primaria de la conciencia de Eloy Terrón se había configurado con la experiencia del trabajo campesino y no con la del lenguaje, oral o escrito, como les ocurre a los niños de los núcleos urbanos. Es más: la experiencia del trabajo como joven campesino de la agricultura de subsistencia sería en él siempre la dominante. Eso explica sus dificultades iniciales al tener que integrarse en un medio en el que se empleaba el lenguaje oral y escrito, su falta de capacidad de abstracción en comparación con los amigos del círculo de la Biblioteca Azcárate, de Antonio González de Lama, en León, o la propia constatación del contraste existente entre su “conciencia realista”, siempre pronta a representarse los objetos de los que habla, y la “conciencia libresca” de sus alumnos y compañeros en la enseñanza media y en la universidad.

Pero, una vez supuesto eso, hay que tener también en cuenta cómo acusa la influencia decisiva de la biología al colaborar con Faustino Cerdón y su equipo de químicos, bioquímicos y farmacéuticos, desde 1958, comenzando por los últimos años de su formación intelectual. Descubrió la importancia y la significación de los seres vivos (y en especial de los animales) a partir de la evolución del universo; se familiarizó con los trabajos de investigación científica experimental (para los que carecía de preparación); y adquirió una noción objetiva y rigurosa del origen y evolución de los seres vivos, que es el conocimiento más complejo y difícil, pero también el más indispensable para entender al hombre y la cultura, como medio biológico del mismo. De hecho, la puntualización y la actualización del darwinismo por Faustino Cerdón desde su propio sistema de conceptos, entre 1958 y 1960 (difundida entre un público más amplio en el libro *La evolución de los animales y su medio*, de 1966) incidieron de forma relevante en su formación como antropólogo y sociólogo.

En sus escritos de esos años el biólogo español precisa con todo rigor el concepto de medio animal. Explica por qué y cómo cada especie animal es seleccionada por un medio específico, cómo éste se estructura en especies animales y cómo progresan la especie y su medio en virtud de su propia dialéctica. Deduce la dependencia de la evolución de una especie respecto de la evolución conjunta de los animales y del modo de relación de todos los medios específicos entre sí, como conclusión general. Define el proceso de especiación animal, o de diferenciación de una especie en dos, en función de esas conclusiones básicas. Y ofrece, además, nuevos atisbos de una interpretación biológica de conjunto, junto con la posibilidad de abordar otros problemas biológicos más generales y de mayor complejidad, ignorados por Darwin: como la filogénesis de los primeros individuos de cada uno de los tres niveles de los seres vivos (proteína globular, célula y animal) a partir de la evolución conjunta de los individuos de nivel inmediato inferior (el origen del primer animal a

partir de la evolución celular, por ejemplo); y los que conciernen a las relaciones entre los seres vivos de distinto nivel de complejidad en general.

Pues bien, fruto de esa estrecha colaboración con Faustino Cordón y su equipo es ya toda una primera serie de escritos.⁹ A saber: «División y coordinación de la labor de investigación» (1959), «Como elaborar las comunicaciones del trabajador experimental» (1960), «Fundamentos sociológicos de la investigación científica» (1960), «Importancia y ventajas de la selección de personal» (1960), «La investigación científica en la industria privada española» (1962), «Estudio de la rentabilidad de la investigación científica» (1961-1962), por de pronto; pero también «El “examen de conciencia” como ascesis para el pensar objetivo», «Del hundimiento de los asideros mentales»), el texto de la conferencia «Niveles de integración», impartida en el Colegio de Farmacéuticos de las Palmas de Gran Canaria en agosto de 1964, y, sobre todo, el trabajo teórico de más largo alcance personal, su *Programa de introducción a la filosofía* (1960-61), escrito ante todo para aclarar las propias ideas.¹⁰

En «El “examen de conciencia” como ascesis para el pensar objetivo» se aborda el fomento de la capacidad de pensar en la formación de los científicos como uno de los problemas actuales más difíciles de resolver. Tradicionalmente no se planteaba: el conocimiento objetivo, como producto de la actividad práctica, se materializaba en los instrumentos y en las cosas; y la actividad práctica y la actividad intelectual estaban aisladas entre sí, siendo la no contradicción interna el único criterio de validez de la actividad del intelectual (una actividad intelectual, por otra parte, aislada por completo de la práctica, salvo en lo que respecta a la dominación de las clases populares por la clase dominante). Pero las graves repercusiones de la Revolución Industrial sobre la integridad del trabajo y sobre la actividad intelectual (que no sólo persisten en la actualidad sino que se han generalizado) obligaron entonces, y obligan hoy con mayor razón, a hacerlo.

Las mismas máquinas que liberan al obrero del trabajo manual le privan al mismo tiempo de la experiencia de la realidad objetiva, abocándole al idealismo y la evasión. La industrialización fuerza, es cierto, la aplicación de la ciencia a la producción como guía de la actividad práctica, con el fomento consiguiente de la innovación técnica, la racionalidad económica, el método experimental, las ciencias naturales y la mejora de los sistemas de enseñanza, tras la creación de las Universidades y Escuelas Técnicas dotadas de laboratorios con aparatos complejos con los que poder simular los más complejos procedimientos de fabricación. Pero el ejercicio de la experimentación, aun generoso, no basta para alcanzar una capacidad objetiva para el pensar objetivo, pues en la vida actual son muchos los factores que empujan al idealismo y la evasión. Y de ahí el sentido de la propuesta de la ascesis del “examen de conciencia”, cumplido de manera sincera y consciente, como posible base para que germine una conducta humana genuina.

En el escrito «Del hundimiento de los asideros mentales» se pone, en cambio, el principal acento en algo actual y más concreto: la publicidad y su lógica particular,

⁹ Véanse el Apéndice IV.

¹⁰ De hecho, en el archivo de Eloy Terrón no se conserva ninguno de sus cuatro capítulos (salvo quizás el segundo, con otro título), aunque a mí me proporcionó (y seguro que no fui el único) copia mecanoscrita del tercero y el cuarto hacia 1970.

como un dispositivo cultural muy eficaz para reforzar la dominación capitalista en general y el imperio ideológico del innovacionismo en particular.

Hoy todo es cambio en torno al hombre, y cambio que tiende a hacerse más universal y acelerado por la desaparición de los puntos de referencia, las formas de autoridad tradicionales y hasta la cooperación social. La liquidación de la tradición y de todas las formas de autoridad deja a los hombres inermes ante el mensaje de los medios de comunicación, que tienen que vivir de la publicidad. Al subordinarse a las necesidades productivas, la ciencia experimental se transforma en un conocimiento instrumental, y el científico, en especialista; de modo que, al imponerse este último, la propia ciencia se hace irracional y propende al fideísmo y al renacimiento del principio de autoridad. Aparte de que, dado el desinterés del capitalismo por el conocimiento de las leyes de la realidad y su lógica de la producción del conocimiento al menor coste, también tiende a imponerse la insolidaridad y a reforzarse la generalización del fideísmo y la ignorancia “enciclopédica”.

Tras la revolución del conocimiento que supuso la ciencia experimental frente a la larga etapa histórica del empirismo, hoy imperan el neoempirismo y el conocimiento recetario. Por eso es tan difícil el desarrollo del conocimiento general, esto es, de la ciencia en su forma de exposición lógica y orgánica. Es más: ese conocimiento general, que es necesario para la enseñanza, la divulgación y la orientación del hombre común, aparece incluso como inviable; el descubrimiento de las lagunas del conocimiento empírico, como imposible; y la crítica genuina, como impracticable.

En esa situación, Eloy Terrón ensaya una interpretación de conjunto del origen, la naturaleza y la evolución del hombre y su medio, a la luz del neodarwinismo de Faustino Cordón, en su *Programa de introducción a la filosofía*, en cuatro capítulos: «Concepto de organismo. Aclaraciones a la idea de alma»;¹¹ «Función y naturaleza general del conocimiento»;¹² «Sobre el método»; y «La tarea de la filosofía como ciencia: del amor al saber al saber verdadero».

El primero de ellos no es sino un “intento de esclarecimiento de una cuestión confusa e intocable” con una orientación científica.

«El carácter científico del examen de este problema radica justamente en que, no sólo se aspira a dar una explicación coherente, real y objetiva (en términos de la realidad circundante), sino que al mismo tiempo se pretende explicar *por qué la humanidad ha elaborado una concepción tan errónea del espíritu y por qué esta concepción ha prevalecido.*»

Aunque nada nos es más próximo que el propio espíritu, la incapacidad para comprender sus relaciones con la realidad natural y cultural está en el origen de tanta fabulación sobre la naturaleza del alma como ha existido y continúa existiendo. Supuesto esto, la reconsideración científica de la cuestión debe comenzar por la enunciación de los rasgos característicos del espíritu, habida cuenta del doble orden de las propiedades de todo ser: las que se explican en términos de los procesos que concurren a su constitución como tal ser; y las que resultan de su interacción con los seres de su mismo nivel de integración.

¹¹ A falta del texto original, aquí se incluyen los textos localizados más afines al mismo.

¹² El texto conservado en el archivo de Eloy Terrón lleva el título de «Naturaleza y función general de la ciencia», pero debe tratarse del mismo.

Por lo demás, la cuestión del espíritu es también la cuestión del “deslinde del objeto de la psicología”, enrarecida por cierto por la acritud del debate sobre la frontera entre psicología y fisiología, sin duda mayor que el correspondiente a la delimitación de la psicología frente a la sociología; pero el conocimiento del objeto y las grandes líneas de la biología, como único modo de alcanzar una concepción precisa del objeto de la psicología, puede bastar para resolverlo.

Pues bien, la biología no sólo explica la naturaleza de todo ser vivo. También ofrece una concepción precisa del origen del animal a partir de una asociación celular, de la diferencia entre medio vegetal y medio animal y entre vegetal y animal, y hasta del surgimiento y el desarrollo de la toma de noticia del medio, la locomoción y la digestión del animal a partir de la célula nerviosa original (con el surgimiento de vías aferentes, centros de respuesta y vías motrices). Aparte de esto, las especies animales evolucionan en función del perfeccionamiento del sistema nervioso y de la capacidad creciente de la toma de noticia del medio por el animal, si bien la distribución en la biosfera y el ritmo de la evolución pasiva y la evolución activa de las diversas especies son desiguales: el caso de los primates, en comparación con el hombre, lo ilustra bien.

Por otra parte, del estudio de la *experiencia* animal y sus leyes de desprender, entre otras, estas conclusiones: la relación entre experiencia y comportamiento es siempre muy estrecha; la variabilidad de la capacidad de experiencia animal está en función de la especie y de la edad y en razón directa de la duración de la “neotenia” (esto es, de la incapacidad de las crías para valerse por sí mismas al faltarles el pleno desarrollo corporal y de todas las formas de comportamiento necesarias al respecto); y la “representación” aparece como la barrera infranqueable del animal, en tanto que el lenguaje, como nueva ventaja selectiva, es la clave del salto al nivel humano:¹³ como soporte del pensamiento abstracto y de la capacidad ilimitada de adquirir experiencia, el lenguaje posibilita que la conciencia del individuo humano se distinga de toda conciencia animal como conciencia *consciente de sí*.

La conciencia animal no es ninguna sustancia, sino el campo constituido por los procesos mentales y por las modificaciones que los procesos mentales provocan en los procesos fisiológicos. Pero la conciencia humana -el espíritu, objeto de la psicología-, resulta de la modificación de las “relaciones biológicas primarias” de la conciencia genérica animal por el medio sociocultural característico del hombre.

Tras esta serie de consideraciones, tan abstractas y generales, en el primer capítulo, pasa a abordarse, en el segundo, la cuestión algo más concreta de la «Función y naturaleza general del conocimiento».

Por de pronto, como fondo común de todas las conciencias, el conocimiento general humano constituye la racionalidad de un país o una época, siendo su relación con la ciencia siempre dialéctica: el conocimiento general posibilita las vocaciones científicas, la comprensión social de la ciencia y el progreso de ésta; y la ciencia alimenta, a su vez, el conocimiento general.

¹³ Eloy Terrón -como L.A. White- hablará siempre del hombre como un nivel de integración más, en tanto que Faustino Cordón insistirá siempre en que no puede hablarse más que de tres niveles del ser vivo: la proteína globular, la célula y el animal (del que el hombre forma parte, como culminación del mismo).

Como elaboración especializada de conocimiento, la ciencia tiene la misma naturaleza que la actividad práctica productiva. Ahora bien, mientras en el trabajo el papel preponderante corresponde a la acción y lo que importa es el resultado, en la investigación científica el conocimiento acumulado se desarrolla por sí mismo y se verifica mediante la experimentación, siendo lo más importante la recogida de experiencia con el fin de integrarla en conocimiento. Esta concepción contrasta, ciertamente, con la concepción libresca de la ciencia. Pero la simple distinción entre conocimiento elaborado y conocimiento como proceso basta de por sí para la descalificación de esta última. Por lo demás, la responsable de toda concepción inmanente del conocimiento es precisamente la facilidad de la asimilación del conocimiento elaborado por la mente individual, aunque ésta sea por otra parte a su vez la condición de posibilidad del conocimiento en fase de realización.

Además, ante la dificultad de la exploración de la realidad, el método se ha convertido hoy en el centro de atención de muchos científicos, con lo que la proliferación de métodos (entendidos como aplicación instrumental de conocimiento previo: como procedimientos operatorios, normas de acción y aparatos de observación y análisis) ha venido a enmascarar el conocimiento científico genuino.

Por otra parte, la experiencia humana condiciona siempre la actividad del hombre en sus más diversas formas; y el establecimiento de fines, la elección de medios y la comprobación de su adecuación, están en función del éxito de la acción. Pero, en la actualidad, la presencia de la ciencia en toda actividad humana plantea dos nuevas exigencias: el conocimiento práctico de los diversos artefactos y el conocimiento necesario para orientarse en el medio, esto es, un esquema de la realidad (que incluya la complejidad de ese medio). Y esto último puede proporcionarlo hoy la ciencia.

Ante la proliferación de las teorías sobre el proceso de formación de la conciencia humana, habría que comenzar por diferenciar la conciencia genérica animal del hombre y su conciencia específicamente humana, como esquema ideal de la realidad. La conciencia genéricamente animal se forma a partir de la asociación de las primeras percepciones no lingüísticas y de las palabras, como materia y forma de la misma, pero el dominio del lenguaje al surgir la especie humana supone un salto dialéctico de la cantidad a la cualidad con relación a la conciencia animal que da lugar a un nuevo nivel de integración de la realidad.

La formación de la conciencia de cada hombre para interpretar y regular el comportamiento personal conforme a las exigencias de la convivencia humana corresponde a la formación del núcleo de su personalidad, mediante una doble clave: el lenguaje, como primer especificador y organizador de las vivencias subjetivas, y los fines del grupo social que se inculcan al niño con la educación. A diferencia de la formación de la conciencia especializada -desprovista de lo afectivo y memorística- sobre la realidad no humana, esto último es fácil de comprender. Pero aquélla también puede explicarse teniendo en cuenta la dialéctica del componente emocional y el componente puramente cognitivo de la experiencia, al ir este último de lo concreto a lo abstracto -al concepto, a la ley, a la teoría- y responder tan sólo a la dinámica de los conceptos.

Tanto la primera como la segunda forma de la conciencia del hombre se componen de abstracciones, y responden a un mismo proceso de abstracción y generalización. La conciencia genéricamente animal se representa siempre en relación con las cosas o los procesos. Pero la percepción integrada de la realidad, por medio del lenguaje, resuelve la contradicción entre la percepción (el contenido concreto de las imágenes) y la palabra (el análisis y la clasificación de las percepciones). La familiaridad con los objetos (el trabajo) lleva a la cristalización de la representación creciente de las propiedades del objeto y de la palabra en el concepto. Y la representación de los diversos conceptos, como síntesis de las relaciones constitutivas del objeto con su medio, al tender de por sí a la unidad, acaba dando origen a la forma de conciencia exclusiva del hombre.

Esto explica también la importancia del factor integrador en el proceso de desarrollo de la conciencia, en general, y en la formación intelectual, en particular. La contradicción entre los datos sensoriales y su ordenación lingüística es sólo aparente. Todos los entes y procesos constitutivos de la realidad son interdependientes; las cosas no son sino procesos en equilibrio; el orden nace del condicionamiento mutuo de las cosas entre sí; y en la realidad no existe el azar. Al orden indiferenciado de lo inorgánico se contrapone el orden jerarquizado de lo orgánico; cada percepción es un núcleo de un orden que tiende a organizarse con otras percepciones de su misma categoría; y, tanto en los animales como en el hombre, las percepciones se organizan conforme a las exigencias de la realidad y forzadas por las necesidades vitales determinantes de la acción.

La existencia de un centro ordenador de las representaciones (la primera forma de conciencia), centro que culmina en el mamífero superior con el sistema nervioso centralizado en el cerebro, es esencial para la supervivencia del animal; pero en el hombre ese centro ordenador es extraordinariamente lábil y susceptible de un desarrollo indefinido. La ordenación centralizada y unificada del individuo animal, que tiene como base un sistema nervioso relativamente unificado, adquiere en el hombre una estructura más general y abstracta en función del lenguaje. La relación entre la acción y experiencia animal es siempre dialéctica; y la constitución de la conciencia humana resulta de la unidad dialéctica de la acción y la experiencia del hombre, en el nivel humano o, para decirlo quizás con mayor precisión, en el nivel antropológico.

Tras todo esto, el abordaje preliminar «Sobre el método» descansa en tres puntos de apoyo básicos: la concepción hegeliana de la filosofía como saber verdadero, y no como amor al saber; la significación del esclarecimiento de la naturaleza, el objeto, la vía de acceso y el método de la filosofía, para un conocimiento objetivo de la función de la filosofía; y la conveniencia de optar por la transformación de la filosofía en una verdadera ciencia, con una función activa y eficaz en el progreso del conocimiento y de la racionalidad humana, frente a la persistencia de la filosofía como un saber especial y, en lo fundamental, una ideología.

Por lo que respecta a la toma de noticia del medio, ésta es siempre condición esencial de todo ser vivo y de su adaptación al mismo, y, por lo tanto, también de todo animal, que evoluciona siempre en tensión constante con su propio medio. Del hombre puede afirmarse otro tanto, puesto que carece de cauces extrasensoriales para el conocimiento del medio humano, por lo que no puede admitirse la existencia en él de formas de conocimiento cualitativamente distintas de las de todo animal. Lo

que explica la situación privilegiada de nuestra especie en la biosfera es la eficacia de la cooperación social, la utilización de herramientas y el lenguaje, como ventajas selectivas que posibilitaron el salto del nivel animal al nivel antropológico, exclusivo de nuestra especie.

En cuanto al objeto de la filosofía, éste fue cambiando, en Occidente, a lo largo de su historia antigua, medieval y moderna. Comienza con la atención jónica a los objetos y procesos de la realidad: filosofía como pensamiento general. Se transforma enseguida en el saber eleático de los conceptos puros: sustantivación conceptual del conocimiento representativo, con el consiguiente peligro para todo conocimiento. Viene luego la asociación de la filosofía y la religión, a consecuencia del desarrollo del interiorismo, del progreso de las ciencias especiales y de la naturaleza ideológica de la religión, como heredera de la magia, el totemismo y la mitología. Y esto último acaba determinando la transformación de la filosofía en auxiliar de la teología, con su carencia consiguiente de autonomía, al depender del conocimiento vulgar, las ciencias especializadas y la religión para su desarrollo posterior.

Por otra parte, la reflexión rigurosa sobre la vía de acceso de la filosofía a sus objetos lleva a la crítica de todo idealismo gnoseológico, puesto que la subjetividad humana se configura mediante la internalización psíquica del medio humano, con sus condicionamientos sociales básicos. A saber: trama y desarrollo técnico y lingüístico-conceptual; y jerarquía del poder y la posición social, que es a su vez el fundamento de la función ideológica de la filosofía y de la larga vigencia de esta última hasta hoy.

En fin, a la concepción del método según los filósofos debe contraponerse el método científico y el papel de éste en el progreso de la ciencia. En su relación real con la ciencia, el método no es sino el conjunto de medios y normas que cada ciencia ha conseguido elaborar para facilitar la observación de sus objetos y verificar la verdad del conocimiento elaborado. Pero hoy urge la integración de ese conocimiento científico especializado y los resultados del mismo en un conocimiento científico general valiéndose de la biología como ciencia puente entre las ciencias de lo inorgánico y las ciencias del hombre y de la cultura.

Por último, el tratamiento de «La tarea de la filosofía como ciencia: del amor al saber al saber verdadero», en el cuarto y último capítulo de este *Programa de introducción a la filosofía*, se articula con dos secciones básicas: derecho a la existencia de la filosofía y ámbito de la existencia humana en que se inserta; y “racionalización ilusoria de la realidad” (de las religiones a la filosofía).

El origen de la religión y de la “racionalización ilusoria de la realidad” se debe a dos causas fundamentales: la necesidad humana de la confianza en un orden natural; y la invención de un conocimiento ilusorio, dadas las limitaciones de la “racionalización de la realidad” por parte del hombre. De modo que, aun cuando la configuración de la psique humana es siempre cultural (social, técnica y lingüístico-simbólica), la eficacia de la inteligencia es relativa, al venir determinada por el desarrollo mayor o menor de los “enclaves” de conocimiento objetivo y por la evolución de las formas religiosas.

El trabajo no sólo constituye la única vía de conocimiento de lo real como algo externo, con su estructura y sus leyes, sino que, como fuente de humanización -de racionalización- de la realidad y manifestación de la naturaleza humana, es también el mejor antídoto contra el idealismo. La naturaleza humana se exterioriza de forma

objetiva en las herramientas y demás productos del trabajo (en el hombre “alienado”), clave a su vez de la “racionalización de la realidad” por todo hombre; y de ahí la naturaleza y el valor universal del conocimiento, como subproducto de la actividad práctica de la especie y como guía -mágica, religiosa, filosófica y científica- de la actividad futura. Pero a todo eso se contraponen la larga vigencia histórica del idealismo religioso y metafísico -y de la “racionalización ilusoria de la realidad” en general-, en razón de la integración de los teólogos y los filósofos en la clase dominante, del alejamiento de éstos de la actividad productiva, y de su desprecio del trabajo y la interpretación del mismo como un castigo. De ahí el contraste entre la creatividad cultural de las masas a lo largo de la historia y la explotación de éstas por las clases reaccionarias.

La historia de la “racionalización ilusoria de la realidad” va, pues, de las religiones a la filosofía. El conocimiento propiamente humano surge a partir del conocimiento del homínido, y se desarrolla en virtud de la actividad productiva, de la actividad representativa como anticipación de la acción y de la capacidad humana de resolución de las necesidades futuras, o conciencia del futuro. La tendencia omnicomprensiva y unificadora de la actividad mental del hombre, en concreto, tiene como base el ansia de seguridad del grupo y la necesidad de la integración abstracta del conocimiento del futuro; y de ahí el origen y el desarrollo de la religión y de la filosofía como cauces intelectuales de la “racionalización ilusoria de la realidad”.

La necesidad de la inmortalidad está estrechamente relacionada con origen y el desarrollo de la religión; y la idealización del futuro de los individuos y del futuro grupo, con los de la filosofía. Pero esta última tiene además un papel propio, como continuación de las funciones de las diferentes formas de religión. La transición de las religiones inferiores a las superiores y a la filosofía se explica por los progresos de la cooperación social y del conocimiento objetivo. Al superarse el determinismo natural, se desarrollan el determinismo sociocultural y el monoteísmo; y el desenvolvimiento de la ciencia natural culmina con la liberación de los dioses terrestres. Pero en la actualidad hay que reimpulsar la ciencia natural y consolidar la ciencia social con vistas a la superación de la anarquía capitalista y a la liberación del dios abstracto.

«La racionalización de la realidad» consiste en el encauzamiento de los procesos naturales al servicio o en beneficio de los propósitos humanos, frente a lo imprevisto y lo inevitable, y en orden a la seguridad, mejora y orientación total de la realización del hombre. De hecho, hasta las formas ilusorias o abstractas de racionalización de la realidad tienen un doble germen de verdad: la existencia de un orden en la realidad; y la anticipación potencial del dominio de la realidad por el hombre. Pero, al desarrollo extraordinario de las técnicas y del dominio práctico de la realidad natural, habría que añadir hoy la racionalización de lo natural en el hombre, combatiendo el desorden mental (intelectual o emocional), y la planificación social, económica y política frente a la anarquía capitalista, con el fin de racionalizar las relaciones entre los hombres y los productos humanos, como lucha fundamental de nuestro tiempo.

La actividad humana conducida por el conocimiento, como forma de relación del hombre con su medio, es, de hecho, dual: actividad humana productiva; y actividad humana no productiva o conocimiento humano general. La actividad humana productiva también es dual: actividad humana con los seres de la naturaleza (ciencia

natural y técnica); y organización de los hombres para actuar sobre hombres (ciencia social y política). Pero lo que hoy urge en el plano del conocimiento humano general (o actividad no productiva) es la elaboración a partir de la técnica y de la ciencia, de la contribución del arte y de la literatura y de la experiencia histórica general de una concepción rigurosa del hombre, como entramado general de la acción y como guía y criterio para enjuiciar la información necesaria para orientarla.

Esa nueva concepción general del mundo hay que construirla entendiendo la filosofía como la ciencia capaz de elaborarla con los materiales proporcionados por las ciencias y demás formas de la experiencia humana. Pero, una vez elaborada, hay que transmitirla a todo individuo, en tanto que clave de la formación de una conciencia genuinamente humana y de la orientación eficaz de la misma en un mundo dominado por el exceso de información.¹⁴

Por lo demás, todo esto puede completarse con las consideraciones que se hacen en otros escritos: «El nacimiento de la ciencia moderna»; «Ciencia y literatura»; «Introducción histórica a un panorama actual de la ciencia»; y «La ciencia de la cultura. Una introducción a la teoría de la alienación».

La orientación inicial de la ciencia antigua, clásica y medieval vino determinada, como es sabido, por el saber teológico sacerdotal, su desvinculación de la actividad productiva y su función como arma político-ideológica de dominación. También es de conocimiento general la depuración histórica relativa posterior de la filosofía como saber especulativo, abstracto y general, así como su diversificación en varias ramas especializadas: astronomía y astrología, alquimia, psicología, filosofía, matemáticas, etcétera. A veces se logró incluso la superación del estancamiento de la cultura material y del desarrollo relativo del saber especulativo al reducirse de forma coyuntural la miseria y el embrutecimiento de los trabajadores y la aversión al trabajo de los intelectuales, y desarrollarse la comunicación entre ambos grupos sociales. Así, en Occidente, en concreto, la situación paradójica del medievo, en virtud del progreso de la técnica y la cultura material de los trabajadores y del formalismo extremo de la cultura intelectual de los teólogos y filósofos, pudo resolverse al fin con el paso de la represión feudal al estímulo comercial (con el cálculo comercial como estímulo racionalizador) y «El origen a la ciencia moderna».

La génesis y las causas históricas de la ciencia moderna, su objetividad, exactitud y operatividad, la especialización de los científicos y su ruptura con el lenguaje y la imagen común del mundo acabaron por determinar, a su vez, el alejamiento creciente entre «Ciencia y literatura». Pero, hasta mediados del siglo XIX se entendió por literatura toda producción escrita, al venir entendiéndose por ciencia, tanto el conocimiento general producto de la observación sensorial y de la actividad productiva, como la interpretación teórica con independencia del conocimiento “operativo”, producto de la actividad productiva; es más, la visión especulativa, antropológica y general de la naturaleza fue siempre la base común de ciencias y letras.

Por lo mismo, la «Introducción histórica a un panorama actual de la ciencia» constituye un guía o instrumento conductor de la actividad humana en la producción (en el manejo, fabricación y aplicación de herramientas) y en el trato de los hombres.

¹⁴ Véase el Apéndice I.9.

«Así, podemos decir que la ciencia es un conjunto de conocimientos de alguna manera indispensable para el mantenimiento de la vida del hombre, tanto individual como colectivamente. De modo que dentro de la ciencia entra tanto el conocimiento incorporado en una enorme calculadora o una gran fábrica de plásticos como la técnica más primitiva de las poblaciones de Nueva Guinea y algunas islas del Pacífico.»

«La ciencia de la cultura. Una introducción a la teoría de la alienación», en concreto, parece imprescindible para el conocimiento del hombre.

«El conocimiento del hombre es imposible sin el conocimiento de la cultura, y ésta es inexplicable en su forma o fase actual sin la comprensión de su desarrollo, del proceso que ha seguido hasta la actualidad. Por lo tanto, se va convirtiendo en una tarea indispensable la constitución de una ciencia que permita examinar de una manera panorámica, omnicomprendiva, la totalidad de las obras humanas. Esta visión de conjunto es necesaria fundamentalmente para poder valorar la conducta humana, y para poder situar justamente cada objeto cultural en su lugar y disponer así de una jerarquía de valores humanos.»

Por de pronto, la cultura es algo objetivo. A saber, todo cuanto ha producido el hombre a lo largo de su existencia sobre la tierra: es decir, la naturaleza transformada por el hombre (la cultura material) y la reproducción simbólico-lingüística del hombre y del medio humano (la cultura espiritual). Por lo demás, los hombres construyen socialmente la cultura y la interiorización de ésta configura a su vez la mente humana.

Pero ¿puede acaso la cultura ser objeto de una ciencia? Una ciencia no es tal en tanto no se constituye con su propio sistema de conceptos, categorías y de leyes, y la ciencia puede definirse de un modo general como un conjunto de experiencias adquiridas a través de la actividad práctica aplicables a situaciones futuras. Ahora bien, todos los elementos de una cultura suponen un nivel de cooperación social, una vida material y una mentalidad comunes, lo que posibilita la integración de la masa de conocimientos históricos y etnográficos acumulados, hasta ahora dispersos y semiorganizados, en orden a la constitución de una ciencia de la cultura.

De hecho, tras determinadas anticipaciones de la misma en la antigüedad y la modernidad, Morgan, Tylor y Durkheim ensayaron ya la fundamentación científica de la cultura en el siglo XIX, en que se impuso también la diferenciación entre antropología cultural o etnografía y ciencia de la cultura. Ésta última continuó constituyéndose como tal, aun con limitaciones, con Boas y Malinowski, primero, y Kroeber y White, después, entre otros. Y hoy es posible completar todos esos trabajos previos y constituir la ciencia del hombre como ciencia sistemática de la cultura.

La cultura resulta de la alienación del hombre, y éste es, a su vez, producto objetivo de la internalización subjetiva de la cultura. Por eso, el humanismo genuino, que comienza por el conocimiento de las obras de los hombres, puede identificarse ya con la ciencia de la cultura.

«Aquí está la gran contradicción del hombre. Sólo puede devenir tal al precio de enajenarse a sí mismo, su esencia, en lo otro, en la naturaleza. Sólo al precio de alienar su esencia en una materia exterior puede el hombre hallarse a sí mismo humano, más enriquecido, más hombre. El verdadero conocimiento del hombre está en sus obras: ellas dan testimonio de lo que ha sido; y en el conocimiento de estas obras radica el verdadero humanismo. Pero este humanismo no es posible sin un conjunto sistemático de conocimientos que abarquen la totalidad de las obras humanas,

dándoles sentido y buscando las leyes de su naturaleza significativa. Por eso, todos los esfuerzos por constituir una ciencia de la cultura son los esfuerzos por una mejor conocimiento del hombre; son pasos hacia delante en el camino del verdadero humanismo.»

De hecho, los escritos reunidos en el libro *Ciencia, técnica y humanismo* (1973), redactados entre 1963 y 1973,¹⁵ se inspiran en el aforismo de Hipócrates «el amor a la técnica y a la humanidad es uno y lo mismo», como clave última.

Así, en «La actividad humana, raíz del conocimiento», en concreto, la temática central es la relación entre trabajo y conocimiento, el trato de los hombres como fuente de experiencia y los componentes emocionales e intelectuales de la experiencia humana.

En «Ciencia, técnica y humanismo» se expone, por de pronto, cómo se ha llegado a la monstruosa concepción de la ciencia hoy predominante, lo que sabe y no sabe la ciencia actual, las relaciones entre ciencia y técnica y qué pueden aportar la ciencia y la técnica a la liberación del hombre de todas las formas de alienación. También se precisa la naturaleza y el papel de la ciencia, se esboza el desarrollo de ésta en la etapa preindustrial y su transformación en ciencia experimental con la revolución industrial, y se denuncia la exaltación actual de la técnica, como resultado de la falsa concepción de la ciencia (mágica, abstracta y teórica) hoy dominante, resaltando a la vez el conocimiento del uso de los objetos en tanto que factor primordial de la ciencia como fuente de progreso humano. Además, la ciencia y la técnica, resultado del hacerse humano del hombre, se consideran como irrenunciables, en tanto que instrumentos de la liberación de todos los hombres de la miseria, la fatiga y la alienación, como fin de todo humanismo. Y, todo ello, para concluir que el amor a la ciencia y a la humanidad es uno y lo mismo, pues, mientras la técnica y la ciencia han liberado ya al hombre del dolor físico y el carácter penoso del trabajo, el fin de la subordinación capitalista de la ciencia a la producción y la construcción de una concepción científica de la realidad, accesible a todos los hombres, será el fundamento del principio de la auténtica historia de la humanidad.

El capítulo sobre «Las raíces de la tecnología moderna» comienza exponiendo la desconexión de la tradición intelectual y el conocimiento técnico-productivo hasta el Renacimiento, y cómo su integración dio lugar a la ciencia experimental. Trata luego de la ciencia y la técnica en el siglo XIX, con especial atención a las necesidades de la nueva ciencia, al laboratorio y los nuevos requerimientos técnicos de los científicos, y a los beneficios del aislamiento del científico respecto de las actividades productivas tradicionales en esa época. Y concluye con el apunte general de la problemática básica de la relación posterior entre industrialismo y tecnología: investigación científica y procesos productivos; renovación industrial desde el último tercio del siglo XIX; penetración de la industria capitalista en la Universidad; y consideración de la trampa del pragmatismo.

«La actividad humana, raíz del conocimiento (La ciencia, único asidero del hombre actual)» principia con la cuestión de si cambia la realidad o lo que cambia es la conciencia que conoce. Se llama, ante todo, la atención sobre el contraste entre la

¹⁵ En el Apéndice I.10 y I.11. se incluye el sumario de los tres más antiguos y de otros dos, de 1968 o 1969.

lentitud del desarrollo científico y la imagen popular actual de la ciencia (¡todo cambia!), resaltando la inexistencia del cambio real -a escala histórica humana- en los niveles inorgánicos y orgánicos de la realidad. Y se explica que el proceso de cambio sólo se produce a través de la actividad del hombre en su enfrentamiento con la naturaleza (experiencia) y cómo eso se traduce, a su vez, en el cambio de la organización política y social de los hombres y en el de la organización de la conciencia de cada individuo.

También vuelve a exponerse la concepción de la experiencia y la conciencia, distinguiendo entre experiencia animal y experiencia humana y explicando la relación entre ambas. Se resalta la importancia de la recogida de experiencia en la actividad productiva, apuntando la situación paradójica del sistema capitalista de producción: necesidad de experiencia cada vez más amplia e imposibilidad de obtenerla por parte de los obreros; y laboratorios industriales, como sucedáneos para compensar esa carencia. Y se esbozan las grandes etapas históricas de la investigación, como recogida especializada de experiencia: transición de la ciencia empírica a la experimental; ciencia experimental al servicio de la ciencia teórica; y subordinación de la ciencia pura a la ciencia aplicada, en virtud de la captación progresiva de los científicos por la industria privada.

Además, se profundiza en las graves consecuencias del neoempirismo (esto es, de la ciencia al servicio del capitalismo industrial), comenzando por la distorsión de la finalidad genuina de la ciencia con el imperio de la especialización. Y se concluye exponiendo cómo hoy el hombre, solo y desorientado en medio de masas imponentes de datos inconexos, necesita una imagen integrada de la realidad, cómo la ciencia integrada es el asidero permanente del hombre, y cómo la universidad y los profesores universitarios tienen por delante una importante labor: la creación de una concepción científica del mundo y la difusión de la misma entre los hombres comunes.

Tal es precisamente la temática del último capítulo a considerar aquí, «Condiciones e importancia de la crítica científica», que se despliega sobre una serie de ítems básicos.¹⁶ A saber: condiciones socioculturales actuales de la crítica; valor intrínseco de la crítica para el progreso de la ciencia; la enseñanza y la actividad práctica como formas de relación de la conciencia humana con la realidad; acción depuradora del conocimiento ejercida por la actividad práctica; repercusiones críticas de la actividad práctica de la enseñanza (de todo lo que se investiga y conoce es necesario entresacar y elegir un esquema apto para la enseñanza); el trato con las cosas y el planteamiento de problemas; peculiaridades de la acción pedagógica; la actividad pedagógica como verificación de las teorías; la investigación científica actual como verificación de las teorías; la doble forma de la división del trabajo (horizontal y vertical) en la investigación en equipo; correlación verificadora de los tres planos del conocimiento (empírico, experimental y evolucionista); carácter global de la solución de los problemas y parcelación del trabajo; aprovechamiento máximo de la experiencia alumbrada en la investigación; exigencias teóricas de la investigación en equipo; necesidad de la crítica en el plano de las teorías; y nueva división del trabajo científico, con el paso del neoempirismo a la colaboración de científicos especializados en la

¹⁶ Véase el Apéndice III.11.

recogida de los datos con científicos especializados en la elaboración de teorías cada vez más coherentes y eficaces.

3. Teoría e historia de la cultura

Como en el caso de los fundamentos epistemológicos y teóricos, nada más instalarse en Madrid, Eloy Terrón tomó sus primeras notas y referencias bibliográficas de teoría e historia de la cultura en un cuaderno personal,¹⁷ materiales más que suficientes para prologar en 1954 *Los derechos del hombre*, y abordar con rigor la significación cultural de Tom Paine y su obra.

«El agudo sentido crítico de Thomas Paine -su aguda crítica de los viejos sistemas de gobierno puede considerarse ciertamente como definitiva-, su profunda conciencia social, su amor y entusiasmo por el *hombre común*, su honestidad moral y científica, hacen de él uno de los hombres en más alto grado merecedor de la gratitud de la humanidad contemporánea.»

En cuanto a la obra de Paine, es una contribución más a la constitución de la ciencia política como “sistema teórico estrechamente ligado a la experiencia -la historia y la verificación de la realidad presente-” por los teóricos de la democracia en la Revolución americana.

Eloy Terrón contrapone la ciencia política así entendida a la filosofía política al uso, «basada únicamente en la especulación pura, con leves referencias a la historia idealizada»; y esboza a renglón seguido las principales etapas biográficas de Paine, interpretándolas como reacción a determinados estímulos culturales, resaltando sobre todo su humanismo democrático y su internacionalismo político, en el momento de la Revolución americana, y su contribución particular a la ciencia política, en el de la Revolución francesa.

Al alcanzar la madurez política, Paine publica *El sentido común* (1776) para “formar la conciencia del hombre común de las colonias y hacerle concebir una idea clara de la necesidad de la independencia y de la justeza del momento para lograrla”. Y, en el momento de su plenitud intelectual, enriquece la ciencia política con *Los derechos del hombre* (1791-1792); sobre todo, por su crítica aguda y definitiva de los regímenes hereditarios, monarquía y aristocracia, por la formulación del régimen republicano, sobre la base de las experiencias de la Revolución americana y de la Revolución francesa, y por el esbozo de una Sociedad de Naciones a partir de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, como árbitro de los conflictos entre las naciones y del desarme general.

Por lo demás, para Eloy Terrón, Tom Paine será ante todo un modelo a imitar, como intelectual del pueblo y de las clases dominadas. De hecho, ése será también su propio proyecto de vida, materializado ya desde ahora en su magisterio oral en toda clase de ambientes sociales del hombre común, pero sobre todo en el Club de Amigos de la Unesco de Madrid (CAUM).

Aunque ingresó en el CAUM el 11 de marzo de 1963 con el número de socio 296, tras el lanzamiento público de la institución el 20 de enero de ese año, es muy posible que Eloy Terrón estuviera ya entre los intelectuales críticos con la dictadura y

¹⁷ Véase el Apéndice II.13.

los cuadros comunistas que pusieron en marcha la institución en 1961. Eso explicaría su participación activa en las comisiones de educación, ciencia y cultura,¹⁸ y el número excepcional de sus intervenciones orales en cursillos, conferencias y mesas redondas.¹⁹ «La educación actual en la encrucijada» (1964);²⁰ «Inauguración del centenario de Unamuno» (1964); «Curso de introducción a la sociología (1965);²¹ «Introducción histórica a un panorama actual de la ciencia: La ciencia en las primeras sociedades o La agricultura y los orígenes de la civilización hasta el Renacimiento» (abril y mayo de 1965);²² «Galileo y la sociedad de su época» (1965);²³ «Derechos humanos y sociedad» (1966);²⁴ «El analfabetismo en España y sus condicionantes sociales y económicos»(1966);²⁵ «Paz, ciencia, técnica y humanismo» (196?)²⁶; «Introducción a las ciencias sociales» (1968)²⁷; etcétera.²⁸

De 1958 data el prólogo de *Las filosofías sociales de nuestra época de crisis*, de Sorokin, un libro continuación de sus *Teorías sociales contemporáneas*. En él se resalta la aguda percepción de *La crisis de nuestra era*, en Occidente, por el autor, se critica la perspectiva ahistórica y la selección de los autores del libro que prologa, y se apuntan las claves principales de la consistencia científica relativa de la contribución del sociólogo ruso-norteamericano a la ciencia social.

«Es curioso observar cómo conviven en Sorokin dos tendencias, que se funden para dar a su obra una mayor solidez. Reúne, por una parte, la pasión de los grandes sociólogos por la investigación, la tendencia empírica que caracterizaba los estudios del Instituto de Neuropsicología de San Peterburgo, donde recibió las primeras lecciones y donde empezó a enseñar. Por otra parte, está dotado de una inteligencia capaz de abarcar grandes conjuntos de hechos y someterlos a una idea preformadora.»

Un par de años más tarde, en 1960, Eloy Terrón envía al Congreso Mundial de Sociología celebrado en México una comunicación sobre la «La corrupción en la época actual», en la que insiste en la necesidad de una teoría sociocultural del hombre para resolver de forma científica cualquier tipo de problemática humana.

«La naturaleza humana es una constante, que, como tal, no puede explicar un hecho nuevo ni ser su causa. De modo que, cuando algo nuevo se produce en la sociedad humana, hay que buscar su origen en los factores variables, y por lo tanto externos al hombre, y no en las peculiaridades de su naturaleza. Los factores variables superiores del hombre, y hoy portadores de la evolución, son la cultura y la sociedad, por lo que un examen científico de las causas de la inmoralidad en las sociedades actuales tiene que buscar esas causas en ellas.»

¹⁸ Véase el Apéndice III.30.

¹⁹ Véase la relación de cursos, conferencias y ponencias en las páginas 636-638.

²⁰ Véase el Apéndice III.15.

²¹ Véase el Apéndice II.6.

²² Véase el apartado 19 de la primera sección y el Apéndice II.7.

²³ Véase el Apéndice II.5.

²⁴ Véase el apartado 3 de la segunda sección.

²⁵ Véase el Apéndice III. 20.

²⁶ Véase el Apéndice II.9.

²⁷ Véase el Apéndice II.10.

²⁸ El número, la regularidad y la concentración de estas intervenciones orales contrasta de modo claro con el carácter puntual y la dispersión institucional del resto (Véase, para comprobarlo, la relación de cursos, conferencias y ponencias localizados, en las páginas 636-638).

Eso es, por cierto, lo que hace él en algunas notas sueltas de sociología política del presente: «Congo Belga» (1961), «Quiebra del parlamentarismo y de los partidos políticos» (1962) -“axioma” favorito, por cierto, de los grupos más reaccionarios desde mediados del siglo XIX-, y «Puntos a considerar para un análisis de la crisis francesa» (1968).²⁹

Así, en la primera de esas notas, en concreto, opone a la visión ideológica y simplista de los medios españoles sobre lo que sucede en el Congo Belga un análisis crítico alternativo de la secuencia real de los principales procesos: colonización belga; proyectos belgas tras la concesión de la independencia; reacción de los congolese bajo el liderazgo de Patricio Lumumba; primera intervención de la ONU; presión de las naciones africanas y de otras excolonias en su intento de resolución “pacífica” de la secesión de Katanga; y nueva intervención de la ONU. Todo ello, para concluir con la denuncia del cinismo de la clase dominante de Occidente.

«He aquí la gran contradicción. Para los países occidentales de civilización cristiana, como Bélgica, Francia, Inglaterra, África del Sur, España y Portugal, la acción de las tropas de la ONU, los “cascos azules” (es típico de la ideología reaccionaria disolver o enmascarar los hechos bajo nombres carentes de significación: así, la lucha del capitalismo contra el socialismo es simplemente una lucha geográfica, el Este contra el Oeste), es un crimen de lesa humanidad: una serie inacabable de asesinatos de mujeres y niños.»

Por lo demás, con sus conferencias y artículos de temática y tratamiento más amplios ocurre algo similar, comenzando por «El salto del primate al hombre», objeto de sendas conferencias en el Colegio de Médicos de Las Palmas de Gran Canaria, a mediados de agosto de 1964,³⁰ y en la Escuela de Ingenieros Industriales de Valencia, el 3 de marzo de 1967.³¹

En la primera de esas conferencias Eloy Terrón indica, a modo de introducción, cómo llegó a abordar «El salto del primate al hombre», como sociólogo, al intentar entender -al modo lógico, y no al histórico concreto- la propia sociedad. Se centra luego en “el salto de nivel propiamente dicho” con el paso del animal al hombre, al esbozar el proceso genealógico de los primates hasta el homínido, como antecedentes biológicos inmediatos del hombre, conforme a la interpretación de la evolución conjunta de los animales y su medio por parte de Faustino Cordón en un trabajo reciente.³² Y acaba propugnando la existencia de un nuevo nivel de integración -el antropológico-, con el surgimiento del hombre y de su medio biológico (la cultura, entendida como la trama constituida por el uso y la fabricación de herramientas, la sociedad y el lenguaje, como ventajas selectivas de la especie).

Esa misma conferencia tuvo, además, cierto eco polémico en la prensa local de Las Palmas de Gran Canaria. Ya el mismo día en que iba a impartirla, en la mañana del 13 de agosto, apareció su entrevista con Perdomo Azopardo en la sección “El Meridiano de la Ciudad” del *Diario de Las Palmas*: “EVOLUCIONISMO. Conferencias en Las Palmas: «El salto del primate al hombre. En la actualidad están demostradas las

²⁹ Véase Apéndice II.11.

³⁰ Véase Apéndice II.3.

³¹ Véase Apéndice II.4.

³² «La evolución conjunta de los animales como base para entender el organismo animal» (*Revista de Occidente*, 7, 1963),

teorías de Darwin»". El periodista reproducía las respuestas de Eloy Terrón a sus preguntas sobre la confirmación o no de *La descendencia del hombre*, de Darwin, por la biología actual, la oposición de la Iglesia a la teoría de la evolución hasta Pío XII, el estado de la cuestión del paso del primate al hombre y la significación particular de la inmadurez de la cría humana, la división de género del trabajo en la sociedad primitiva y la educación. Y a las tres semanas, el 8 de septiembre, el teólogo Martín Sarmientos difundía su *Contrarréplica* en la columna "En Voz Alta" del *Eco de Canarias*, tras aludir a un reciente artículo en la prensa local sobre la evolución biológica "que ha colmado nuestra capacidad de asombro": la santa sede se opuso a la posibilidad de la evolución y ordenó retirar las obras de Teilhard de Chardin; Pío XII admite la posibilidad, no el hecho, de la evolución; el principio metafísico de que la causa no puede producir un efecto de distinta especie basta de por sí para ridiculizar la teoría de Darwin; y, aunque algunos teólogos hablan de evolución, sólo pueden hacerlo si ésta viene respaldada por datos, y no por teorías.

Como es lógico, la segunda conferencia sobre esa problemática es ya bastante más precisa, desde el título -«El salto del primate al hombre y el origen natural de la conciencia»- a su principal conclusión.

«El lenguaje (...) es una actividad propia del hombre, puesto que, (...), sólo en él adquiere una función nueva, al convertirse en el sistema organizado de conciencia que estructura, orienta y dirige la conducta de los individuos. (...). Es más: ese nuevo modo de actividad que es el lenguaje informa, configura y da sentido al "medio" creado por el hombre, en el medio natural, para acoger, arropar y preservar a los niños, absolutamente indefensos. Este medio está constituido por tres elementos: la organización social, los resultados del trabajo humano y el lenguaje. Pero los dos primeros están soldados y penetrados por el tercero. Y toda la transformación realizada por el hombre con su trabajo sobre la superficie de la Tierra -toda la transformación de la corteza terrestre- no es otra cosa que el "medio" creado por el hombre para acoger y agrupar a los nuevos miembros y para proporcionarles una vida más satisfactoria y más segura.»

Por otra parte, al esclarecimiento de la naturaleza del hombre y la cultura a la luz de su origen biológico, seguirá el de su historia, al abordar la cuestión de los «Derechos humanos y sociedad», en concreto.

«Voy a tratar de desarrollar ante Vds. cómo los hombres, lentamente, van conquistando sus derechos y cómo, a medida que alcanzan nuevos derechos, van considerando como sujetos de derecho a un número cada vez más extenso de hombres; esto es, cómo ensanchan de modo progresivo el sentimiento de solidaridad humana hasta llegar a un momento en el que comprende a todos los hombres, de modo que la sociedad y la humanidad se identifican, y en el que las masas de todos los pueblos toman conciencia de sí mismas y de su fuerza y se proponen determinar su propio destino.»

«Como estudioso de las sociedades humanas, me permitirán que para desarrollar y esclarecer mejor el tema me valga de una breve excursión histórica, pues tengo una gran predilección por aquel mandato de Aristóteles: "Para conocer una cosa no basta saber lo que es sino que hay que saber también cómo llegó a ser lo que es".».

Por de pronto, cuando se habla de "derechos humanos y sociedad" se está tratando en realidad de un determinado tipo de sociedad. A saber: de la sociedad histórica, la "sociedad dividida" en clases.

En un determinado momento del desarrollo del hombre y de la cultura, la humanidad pasó del imperio de la solidaridad y la reciprocidad, característico de la sociedad parental, primitiva y sin leyes escritas, a la “sociedad dividida” en clases sociales y los orígenes de la historia. Luego vino el reforzamiento eficaz del dominio de unos hombres por otros mediante la fuerza exclusiva de las armas y el terror físico al enmascararse la explotación de las clases populares por la clase dominante con los recursos culturales de la violencia simbólica y el terror espiritual.

A partir de ahí hay que contraponer la reproducción y el impulso de la cultura material y espiritual por parte de las clases explotadas a la especialización de una fracción significativa de la clase dominante en la creación y el perfeccionamiento de las organizaciones y los dispositivos culturales para el dominio de unos hombres por otros. Pero, con todo, al superarse el insularismo cultural con el ensanchamiento del Estado por Alejandro Magno y Roma, pudo progresarse hacia el reconocimiento universal de los derechos del hombre. De hecho, el derecho positivo fue ya una primera gran conquista histórica de las masas expoliadas, tras una larga lucha impulsada por la experiencia, las ideas-sentimientos y las condiciones de vida colectivas; y las religiones de la pureza de la conciencia, la rectitud de la conducta y la solidaridad -las religiones del corazón-, pueden considerarse como la segunda gran conquista histórica de las masas expoliadas.

El cristianismo, en concreto, fue una síntesis grandiosa de las conquistas intelectuales y emocionales previas de las masas, que, en Occidente, impulsó además la resistencia popular frente a la opresión hasta el siglo XII. Luego, a la recaída feudal en el insularismo político y la reiniciación de la lucha de las masas por sus derechos en la baja edad media, siguió la creación burguesa de una nueva forma de riqueza y del Estado nacional al comienzo de la edad moderna; y a la revolución comercial y el dominio colonial de los pueblos, la revolución burguesa y el reconocimiento universal de los derechos del hombre y del ciudadano en el siglo XVIII. La primera mitad del siglo XIX fue la época de la asimilación de la burguesía por la vieja clase dominante, pero también la del comienzo de la lucha teórica y político-social de las masas frente a la degradación de su existencia material y espiritual. En cuanto al presente, la creación de organizaciones mundiales como garantía de la paz y el progreso de los pueblos hacia la unidad y la concordia de la humanidad es para nosotros cuestión de vida y muerte.

La serie *Juventud y Sociedad de consumo* en la *Gran Enciclopedia del Mundo*, con ocho entradas escritas entre 1964 y 1974, e incluida ya en esta Biblioteca virtual, se centra precisamente en la lógica cultural de los países capitalistas avanzados con centro precisamente en esa doble cuestión: «Educación Social»; «La juventud como problema social», Drogas. Efectos psíquicos y motivación social»; «Juventud, sentido de su rebeldía»; «Moda: significado y función social»; «Sociedad de consumo»; «Los recursos humanos»; y «Los profesionales».³³

Por otra parte, todo lo anterior adquiere mayor profundidad explicativa en «La actividad intelectual en los países atrasados», un trabajo con cinco apartados realizado durante la estancia de Eloy Terrón como funcionario Unesco en París, en mayo-junio de 1968.

³³ Véase el Apéndice II.2.

“Conocimiento, actividad y organización social”, viene a ser una introducción al conjunto. El trabajo -la actividad productiva, como genuina de la experiencia humana-, es el origen y el fin de todo conocimiento. Pero, si bien la experiencia de todo hombre es integrable y socialmente comunicable de por sí, la recogida y el uso de la misma está siempre en función de la mayor o menos reciprocidad, solidaridad e igualdad de los individuos que componen la sociedad, y, por tanto, también, de la forma de la organización social.

«La recogida y la utilización de la experiencia social en la actividad productiva dependen de las relaciones entre los hombres, de la organización social. Es fácil advertir que las formas de organización social que fomentan y refuerzan las relaciones recíprocas entre todos los hombres sin excepción, dentro de la comunidad global, favorecen la recogida y la utilización de la experiencia social, y que las formas de organización social que implican la sumisión de unos hombres a otros, mediante el establecimiento de barreras de casta o de clase, por lo que se asignan todas las tareas penosas a unos hasta envilecerlos mientras se atribuyen toda la riqueza y todos los privilegios y ventajas a otros, retardan, dificultan y hasta impiden la recogida y la utilización de la experiencia social, del conocimiento.»

Por lo mismo, si se quieren sacar conclusiones que ayuden a la utilización de la experiencia elaborada por toda la humanidad por parte de los pueblos atrasados y a favor de éstos, habrá que estudiar la dialéctica de la experiencia y la organización social en la forma de producción tradicional, en la transición de la forma de producción tradicional a la forma de producción industrial y en la forma de producción industrial.

Por lo que respecta a la primera, el análisis riguroso de “La forma de producción tradicional y la función del conocimiento” basta de por sí para precisar los rasgos tecnológicos y sociales del modo de producción tradicional, así como para explicar la transición de la agricultura de subsistencia a la aparición del excedente, con el origen consiguiente del artesanado y la sociedad de clases. Pero, además, ese mismo análisis permite extraer otras conclusiones muy significativas. A saber: el enmascaramiento de la explotación con el progreso técnico y el aumento consiguiente del excedente; la interrupción del desarrollo del comercio y de la racionalidad económica, antes o después; la constitución de la tierra en centro de interés y causa de los antagonismos y luchas sociales; y el aumento inicial y el bloqueo posterior de la producción y del pensamiento en razón de la división de la sociedad en dos clases, de la legitimación de la misma y del envilecimiento de los trabajadores.

Ahora bien,

«si el análisis anterior de la organización social y de la actividad productiva en las sociedades basadas en la forma de producción tradicional es correcto, adquiere nuevo sentido el preguntarse por la naturaleza -en otras palabras, por la forma y el contenido- de la actividad intelectual en los países atrasados actuales y por la utilización del conocimiento en los mismos.»

No obstante, antes de afrontar la problemática de “La actividad intelectual y la utilización del conocimiento en los países atrasados”, habría que puntualizar un par de cosas más: la existencia de dos formas básicas de organización de la experiencia social -técnica y lingüística-, y el predominio de la primera en los países atrasados; y la distinción de dos grandes grupos de países atrasados, unos sin un desarrollo intelectual autóctono y otros con alguna tradición escrita, conceptual y científica

(cálculo y esquemas mitológicos, cosmogónicos, religiosos, metafísicos y científicos), elaborada por una fracción importante de su clase dominante.

Esa fracción de la clase dominante impulsa su tradición intelectual con dos objetivos básicos: la mejora e intensificación de dominio de la clase dominante sobre las clases explotadas; y el perfeccionamiento de la práctica de la guerra, la caza y la diversión por la propia clase dominante. Eso explica el carácter de secta de los intelectuales y el sesgo irracional (esotérico y aristocrático) e ideológico de la concepción de la actividad intelectual por parte de los mismos, al ser la razón un patrimonio accesible a cualquier hombre.

«Aun así, es necesario y apremiante desmitificar la actividad intelectual. Hay que reducirla a sus justos límites e inculcar la concepción de que la actividad intelectual no es privilegio de algunos hombres, sino que está al alcance de todo hombre que cumpla una actividad, preferentemente productiva. La actividad intelectual -el pensamiento- es la actividad más propia y genuina del hombre como especie; y lo que sucede es que en la mayoría de los hombres se encuentra inhibida y obnubilada al haberseles impuesto el trabajar duramente y el vivir hundidos en la miseria.»

Por otra parte, antes de abordar el “Papel de la ciencia y la investigación en el conjunto cultural de los países atrasados”, habría que analizar la naturaleza de la ciencia y la investigación. La primera puede definirse, operativamente, como la organización de la experiencia ganada en la actividad práctica; y la segunda, como el análisis del decurso de la acción, y de sus supuestos y resultados, en términos de magnitudes comparables. Aunque también habría que distinguir entre conocimiento hecho y conocimiento como proceso, como momentos de la actividad científica, y entre investigación como alumbramiento de conocimiento nuevo e investigación como trasunto, en el plano del conocimiento, de la aplicación del conocimiento teórico a la actividad práctica y a la mejora de la misma.

Supuesto eso, la movilización de las masas ante un propósito común es siempre una buena base para el desarrollo científico de un país atrasado a escala general y para la ruptura consiguiente de las formas tradicionales de vida.

En los países sin ninguna tradición intelectual esa ruptura podría iniciarse, tras la toma de conciencia por parte de la minoría dirigente, con la ayuda de organismos internacionales, tipo Unesco, contratando especialistas en la historia cultural del país capaces de impulsar la asistencia científica y técnica como un verdadero apostolado humanista.

«Así considerada, la asistencia científica y técnica a los países subdesarrollados se convierte una misión humanitaria que tiene que estar penetrada por un intenso amor y respeto al hombre, cualesquiera que sean las condiciones en que se encuentre. La redención del hombre de las condiciones infrahumanas para elevarle a unas nuevas condiciones de vida, más digna, más satisfactoria y libre, se convierte así en una labor de verdadero apostolado. Una vida humana digna no es compatible con la miseria material y espiritual. Pero esa ayuda a los países atrasados puede convertirse en la forma de manifestarse el profundo amor a los hombres que, en épocas de fe, hizo posible la santidad; y, en esa tarea, podrán hallar satisfacción muchos anhelos de abnegación, de altruismo y de sacrificio por el prójimo que, con dificultad, pueden satisfacerse en las condiciones de vida de los países más adelantados.»

Por el contrario, la “Profundización en la situación de los países desarrollados con alguna tradición intelectual” resulta bastante más difícil, dada la acentuación de la separación entre sus clases y la escisión de sus intelectuales, al tomar éstos partido entre la clase dominante y las masas, con su especialización consiguiente en la lucha política e ideológica en perjuicio del desarrollo de la actitud científica.

«En estas condiciones, los intelectuales se ven desgarrados por dos tendencias opuestas: la tendencia a colaborar más estrechamente con su propia clase en el reforzamiento de su dominio, con lo que se alejan más de las actividades productivas; y la tendencia a solidarizarse con la clase baja, conmovidos por el espectáculo de su degradación, y arrastrados por sentimientos humanitarios.»

Así se explica, desde luego, la psicología típica de los intelectuales de los países con alguna tradición intelectual: su actitud escéptica, pesimista, autoritaria e idealista; su reduccionismo explicativo; su subjetivismo; etc. Pero también la contribución de los mismos al inmovilismo social en razón de su concurrencia interna creciente, de su reproducción del “complejo del escriba” y de su esterilidad científico-técnica, en su obsesión por relacionarse con la clase dominante de los países avanzados y con los problemas y métodos de sus intelectuales.

Con todo, la existencia de «Algunas perspectivas del futuro» es una cuestión de interés para todos los pueblos y hombres. Hoy, los factores culturales con mayor posibilidad de desarrollo en un futuro más o menos inmediato son la técnica y la convivencia; la primera, en concreto, no sólo ha sido siempre el fundamento del verdadero humanismo, sino que continúa siéndolo hoy.

«La técnica -entendiendo por tal la fabricación e invención de artefactos y la organización concreta de los hombres para el trabajo que los mismos progresos técnicos determinan- ha liberado a gran número de hombres de la esclavitud y de lo penoso del trabajo; y es de los progresos de la técnica de donde se espera la liberación de millones y millones de hombres que todavía se encuentran agobiados y esclavizados por un trabajo propio del nivel animal, por el trabajo muscular. Ése es el sentido en el que la técnica constituye el fundamento del verdadero humanismo.»

No obstante, habría que ser muy consciente de la existencia de las luces y las sombras de la cultura actual: necesidad permanente como siempre del cuidado y el aprendizaje de las crías, desde los brazos de la madre, en contraste con la formación del individuo en un medio trabado por los dispositivos técnicos, sociales y simbólicos inventados por la especie a lo largo de una historia dominada por la opresión de unas clases por otras; liberación de muchos hombres de la esclavitud y de lo penoso, pero a costa de la pérdida de la relación animal con la naturaleza, agravada hoy por la transformación progresiva del ambiente natural en medio humano hasta agotarlo prácticamente; o, en fin, complejidad y seguridad crecientes del medio humano, frente a la dificultad de las exigencias de adaptación de las nuevas generaciones a la cultura capitalista para poder construir un futuro mejor.

4. Teoría e historia de la cultura española

Eloy Terrón contribuyó también desde un principio al enriquecimiento de la teoría y la historia de la cultura española, y lo hizo en respuesta a cuatro estímulos principales: la realización de la tesis doctoral y su desarrollo, a partir de 1952; la participación activa en el Movimiento de la Reforma de la Universidad y de Racionalización de la

Enseñanza, desde su constitución en 1962; el trabajo profesional, junto a Faustino Cordón, entre 1958 y 1969; y la formación de la estructura primaria de su propia conciencia a lo largo de su infancia y adolescencia en Fabero del Bierzo.

Por lo que respecta al primero de esos estímulos, una vez en Madrid se sumerge en las primeras lecturas (Urquinaona, Olavide, Toreno, Marliani, Revilla, etc.) para entender los orígenes de la España contemporánea,³⁴ con especial atención al acopio de los datos relativos a la importación del krausismo.³⁵ A los dos años abre la carpeta “Los krausistas. Historia del pensamiento español contemporáneo” con la información disponible.³⁶ Y, en el verano de 1957, cuando «andaba obsesionado, presintiendo que debía existir una estructura permanente, fija, que amortiguó e inutilizó todos los embates del liberalismo revolucionario que no la favorecieran”, descubre el hilo teórico conductor para la interpretación de los orígenes de la España contemporánea con la “revolución liberal”.³⁷

«Efectivamente, he llegado a la conclusión de que esa base estructural existe y que ella da nueva luz para la comprensión y la explicación de la historia de España durante los últimos doscientos cincuenta años. Es más: sólo esa base puede dar cuenta de hechos que habían permanecido hasta ahora inexplicables. Por ejemplo: el fracaso de la revolución burguesa; el total fracaso de todos los esfuerzos tendentes a crear una administración moderna; y el fenómeno más extraño, la existencia del caciquismo. (¿Cómo podríamos denominar este hecho sino descubrimiento? No es una teoría aún; no es una ley; provisionalmente lo llamaré descubrimiento de una realidad social; permite ver numerosos hechos hasta ahora incomprensibles.)»

De hecho, en su tesis doctoral, *La filosofía krausista en España (Estudio de las condiciones sociales que determinaron su aparición, difusión y arraigo)*,³⁸ el estudio de la estructura básica de la sociedad española entre 1700 y 1808 y de la nueva sociedad española resultante de las modificaciones de aquélla entre 1808 y 1868, constituye el marco de referencia explicativo de la misma: la importación del krausismo, como única filosofía posible.

De 1958 datan también una primera introducción³⁹ para la publicación de la tesis como libro y un trabajo sobre «La revolución liberal de 1820» en la nueva revista teórica del Partido Comunista Español, *Nuestras ideas*,⁴⁰ con el pseudónimo de Emilio T. Fernández. Pero enseguida le absorbe la colaboración con Faustino Cordón y su equipo en el Departamento de Investigación de IBYS y la necesidad de otros “trabajos, más urgentes y pesetarios”, como la coordinación de una colección científica para Cid, nuevos prólogos y traducciones para la Revista de Occidente, Aguilar y Taurus, las

³⁴ Véase el Apéndice III.1.

³⁵ Véase el Apéndice III.2.

³⁶ Véase el Apéndice III.3.

³⁷ Véase el Apéndice III.4. y la nota 362.

³⁸ En el Apéndice III.4. se incluyen también las reseñas de José Luis Abellán, Rafael Jerez Mir, Josep Meliá Pericás y Manuel Pillado, tras la publicación de la tesis en 1970, con el título *Sociedad e ideología en los orígenes de la España Contemporánea*.

³⁹ Véase el Apéndice III.7.

⁴⁰ Véase el Apéndice III.5.

recensiones y notas para la *Revista Internacional de Sociología*⁴¹ y las primeras entradas para la *Enciclopedia de la Cultura Española*.⁴²

Con todo, aún encuentra el tiempo disponible suficiente para esbozar con Juan José Carreras, en 1957, el plan de trabajo de un manual de Historia de España, para volver, en 1959, sobre el proyecto de Historia Universal de Montero Díaz para Taurus,⁴³ o para escribir, en 1960, el guion-proyecto de una *Historia social del pensamiento español, 1700-1960*, en tres partes, un “esfuerzo -diría entonces- del que he quedado muy a gusto con situarlo en una fase que me permite dejarlo de lado con el mayor provecho”:⁴⁴ de hecho, sus notas sobre «La conciencia nacional»⁴⁵ y «La situación de los intelectuales en la España actual»,⁴⁶ de ese último año, serían ya fruto inmediato del mismo.

Un segundo estímulo clave de la contribución de Eloy Terrón a la teoría e historia de la cultura española en estos años es su participación activa en la constitución del Movimiento de la Reforma de la Universidad y de Racionalización de la Enseñanza y en sus principales desarrollos, hasta su bloqueo definitivo final por la dictadura: Cursos de Sociología de la Universidad de Madrid (1963-1965); Centro de Investigación y Enseñanza (1965-1969); y Escuela de Estudios Sociales (1969-1970).

Los datos al respecto son bien elocuentes. Resalta la interdependencia de los objetivos científicos y los objetivos políticos del Movimiento de la Reforma de la Universidad y de Racionalización de la Enseñanza al ocuparse de «La agrupación de profesores y científicos para la Reforma Universitaria. Propuesta de conjunto». Prepara sendas ponencias sobre «Investigación y Universidad» (1963) y «La racionalización de la enseñanza» (1964), a propuesta del Movimiento. Elabora toda una serie de guiones sobre el estado de la investigación científica en España, la relación entre el dominio de la lengua nacional y el desarrollo científico, la política científica en España, el analfabetismo en las nuevas condiciones económicas y los múltiples aspectos de la racionalización de las enseñanzas universitarias: crisis de la universidad, función de la universidad en la sociedad, desprecio de la teoría y degeneración de la universidad, organización del conocimiento, necesidad del pensamiento científico general, papel de la universidad en el sistema educativo, estructuración de la Facultad de Filosofía y Letras, propuesta de plan de estudios para la Facultad de Sociología, etcétera.⁴⁷ Imparte diversas conferencias sobre el tema en distintos puntos de España: «La educación actual en la encrucijada» (1964), «El analfabetismo en España y sus condicionantes sociales y económicos» (1966);⁴⁸ «Función de la Universidad en las condiciones socioculturales del país» (1967),⁴⁹ «Función y responsabilidad de la

⁴¹ Véase el Apéndice III.14

⁴² A saber, 44 artículos impresos y 11 inéditos, escritos entre 1959 y 1964, publicados en esta *Biblioteca virtual con el título Una nueva contribución a la sociología de la cultura española*. Véase el Apéndice III.16.

⁴³ Véase el Apéndice III.8.

⁴⁴ Véase el Apéndice III.10. y la nota 374.

⁴⁵ Véase el Apéndice III.9.

⁴⁶ Véase el Apéndice III.11, III.12 y III.13.

⁴⁷ Véase el Apéndice III.14

⁴⁸ Véase el Apéndice III. 20.

⁴⁹ Esta conferencia fue la base del primer trabajo incluido en el libro *Universidad y Sociedad* (1968), rechazado por la censura y hoy perdido. (Véase el apartado 4 de la sección IV).

Universidad en la sociedad actual» (1968),⁵⁰ «Notas sobre la rebelión de los jóvenes» (1968), etcétera. Publica un estudio sobre «El estado actual de la ciencia y la necesidad de esclarecerla y criticarla» en la nueva revista teórica del PCE, *Realidad* (1966). E investiga de forma sistemática el *Origen y desarrollo de la Universidad española contemporánea: su estado actual* (1966-1968),⁵¹ del que ofrece un primer adelanto, «Análisis sociológico de la Universidad española» (1967), en la revista *Cuadernos para el Diálogo*.⁵²

Ahora bien, todo eso tampoco obsta para que al mismo tiempo vuelva otra vez sobre los desarrollos de su tesis doctoral. Así, en 1962, le entrega un trabajo sobre la fascinación de los intelectuales españoles por “el imperio en que nunca se ponía el sol” a Enrique Múgica, como responsable en el interior de la revista teórica del partido, poco antes de que aquél fuese detenido y abandonase el PCE para pedir el ingreso en el PSOE, una vez en la cárcel de Burgos (lo que explicaría la pérdida del mecanoscrito).⁵³ En 1965, escribe una nueva introducción para la publicación de la tesis como libro.⁵⁴ En 1966, publica el primer apartado de la misma, «La estructura real de la sociedad española (Fase final del Antiguo Régimen)» en la *Revista Española de Sociología*, de CEISA.⁵⁵ Al año siguiente, actualiza su interpretación de la importación del krausismo en el «Estudio preliminar» de sus *Textos escogidos de Sanz del Río* (1967).⁵⁶ Luego se ocupa de la problemática de la «Estructura social y conciencia nacional» españolas en el curso 1967-1968, en CEISA, y de «La sociedad española a partir del siglo XVII», en la Escuela Crítica de Ciencias Sociales, en 1968-1969.⁵⁷ Difunde sus conclusiones sobre «El neofeudalismo en España: 1500-1700» y «La evolución de la sociedad castellana desde el siglo XVI al XX» en la Universidad de la Habana, a principios de 1968. Ese mismo año ve rechazado por la censura el libro *Universidad y sociedad*,⁵⁸ que incluía también sus «Notas sobre la rebelión universal de los jóvenes»,⁵⁹ escritas en París, durante su estancia allí como funcionario de la Unesco, de mayo a junio.

«El último trabajo, “Notas sobre la rebelión universal de los estudiantes”, es el resultado del intenso esfuerzo por elevar a conocimiento científico las experiencias vividas en París durante los meses de mayo y junio de 1968, en donde me encontraba contratado por la UNESCO. Aunque la experiencia elaborada en esta conferencia (pronunciada también en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid en octubre de 1968) procede más bien de los acontecimientos que, durante los últimos cinco o seis años, se vienen produciendo en las universidades de los países más adelantados, las conclusiones extraídas son perfectamente aplicables a nuestro país, ya que la “rebelión estudiantil” ha adquirido “carta de crédito” aquí con los mismos o más acusados caracteres que en otros países. Los resultados a que parece conducir este análisis apuntan a la sociedad global y al estancamiento teórico en que se encuentra la ciencia actual, estimulada y dirigida por los *vicepresidentes* de las grandes

⁵⁰ Este texto se incluyó también en el libro citado en la nota anterior.

⁵¹ Véase el Apéndice III.22.

⁵² Véase el Apéndice III.23.

⁵³ Véase el Apéndice III.6.

⁵⁴ Véase el Apéndice III.18.

⁵⁵ Véase el Apéndice III.19.

⁵⁶ Véase el Apéndice III.26.

⁵⁷ Véase el Apéndice III.25.

⁵⁸ Véase el apartado 4 de la IV sección.

⁵⁹ Véanse también el apartado 6 de la cuarta sección.

empresas monopolísticas. Algunas de las sociedades industrializadas hacen posible que accedan a la enseñanza superior un número muy superior de personas al que después pueden dar ocupación en la industria y en los servicios, y este hecho ha creado y crea un grave sentimiento de incertidumbre y, a veces, de frustración en los estudiantes. Como, al mismo tiempo, la Universidad no proporciona a los estudiantes una concepción del mundo esclarecedora, se hacen inevitables esas protestas confusas y anárquicas que asustan a las personas bien pensantes. Otro fenómeno concomitante es la ruptura de la disciplina consumista impuesta por la “espiral de prestigio”, creada por las grandes empresas industriales y difundida por los medios de comunicación de masas, para acelerar el consumo e incrementar los beneficios; quebrantamiento en el que han tenido y tienen una parte principal los estudiantes.»

En 1969, se publica por fin la tesis doctoral (*Sociedad e ideología en los orígenes de la España Contemporánea*), con un nuevo prólogo y un epílogo⁶⁰.

Al mismo tiempo, el trabajo junto a Faustino Cordón y su equipo de investigación, en IBYS (1958-1966)⁶¹ y en Laboratorios Coca (1966-1968) le llevó también a ocuparse de «Los problemas de la investigación industrial en España»⁶², «La crisis de la sociedad agraria y el desarrollo capitalista»⁶³ y el fiasco del proyecto de Instituto Biomédico aprobado por la Banca Coca.⁶⁴

«Al lector no se le escapará -escribe en el segundo de esos trabajos- la dureza crítica con que se analiza la “sociedad agraria”, antes de la guerra civil y después hasta mediados de los años cincuenta, en contraste con el enjuiciamiento más benévolo del período posterior del Plan de Estabilidad y del Plan de Desarrollo. Para mí, ese cambio es lógico y claro; el motivo fundamental de la crítica es el pacto de la “sociedad agraria” con la burguesía industrial, que empujó a España al aislamiento casi total de la marcha de los países vecinos y de la historia, para explotar tranquilamente el mercado interior y preservar al país de los extravíos industrial-consumistas de los países adelantados. Los esfuerzos por abrir el país al exterior e intentar conectarlo económica, social e intelectualmente con los países industrializados, no se han podido hacer sin que la “sociedad agraria” (o lo que resta de ella) no se haya opuesto más resueltamente al surgimiento de una burguesía claramente capitalista, con todo lo que esta forma de producción lleva consigo.»

Eso explica también la solidez y la contundencia de su intervención en un debate entre intelectuales sobre la situación en España en enero de ese mismo año.⁶⁵

«Terrón planteó -escribiría Enrique González Manet en su crónica para *El Mundo* del 20 de enero de 1968- la existencia de una situación cada vez más compleja en razón del vertiginoso desarrollo económico que se opera en la península ibérica en los últimos años, debido, sobre todo, al incremento del proceso industrial. Señaló que en el pasado inmediato la agricultura constituía el 75 por ciento del producto nacional y que hoy se haya reducida al 15 por ciento y que apenas un 30 por ciento de la población vive en el campo. Trazó, a grandes rasgos, la transformación de España y sus 32

⁶⁰ Véase el Apéndice III.27.

⁶¹ Véase el Apéndice IV.

⁶² Véase el Apéndice III.17.

⁶³ Incluido también en *Universidad y sociedad*, aunque en este caso se ha conservado el borrador del texto original (Véase el Apéndice III.24.).

⁶⁴ Véase el Apéndice V con la documentación elaborada por Eloy Terrón, y, en particular las razones de Faustino Cordón y su equipo para abandonar IBYS y las que hicieron del Instituto Biomédico Coca un proyecto fallido.

⁶⁵ Véase la nota 553.

millones de habitantes en una sociedad de consumo, estimulada por la burguesía financiera, lo cual se produce en detrimento de la pequeña burguesía. No ha habido cambios políticos -dijo- porque no hay política. Los conflictos principales están planteados sobre el campo económico, entre las estructuras envejecidas y el desarrollo de las nuevas fuerzas productivas.»

Por último, la formación de la estructura primaria de la propia conciencia durante la infancia y la adolescencia en Fabero del Bierzo explica el interés de Eloy Terrón por el estudio de la cultura de su pueblo natal desde los primeros años cincuenta, aunque, de momento, sólo se plasmara en «Socialización del hombre y disposición de la vivienda (En fase de realización)», un escrito, de 1969, importante y abierto.⁶⁶

Madrid, 15 de marzo de 2014

⁶⁶ Véase el Apéndice III.28.